Nuestras propias historias

Vida en familia III







Vida en familia

III

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-371-5

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

MARCIA LUCÍA YANCHAGUANO
nació en Malchinguí, Pichincha, en 1962. Actualmente es costurera. Su sobrina Guissela Quimbia estudia en la Unidad Educativa Malchinguí.

Matrimonios arreglados

Antes, los padres decidían con quién se casaban sus hijos e hijas, y aunque ellos no estuvieran de acuerdo, debían aceptarlo.

Miembro de una de aquellas familias, una joven se enamoró por primera vez. Sus padres, sin embargo, se enteraron de su noviazgo y la quisieron desanimar, diciéndole que el chico era pequeño, pobre y sin trabajo. Ocurría que ya habían visto al joven



“indicado” para su querida hija: un chico alto, guapo, blanco y trabajador. Pasó el tiempo y la joven decidió casarse con quien sus padres habían elegido, ya que si no obedecía no recibiría su herencia después de casados.

No obstante, la joven esposa pronto se dio cuenta de que su marido era alcohólico, y se decepcionó tanto que empezó a dejarlo fuera de la casa hasta que se le pasara lo chumado. Tampoco le daba de comer, y el joven tenía que hacer grandes esfuerzos para alimentarse, pues su esposa y sus suegros le quitaban el sueldo completo que ganaba en el municipio.

Como el joven no era de la parroquia, su madre iba de vez en cuando a visitarlo. En una de aquellas oportunidades, los vecinos le preguntaron:

—¿Usted es la madre de este chico?

La señora respondió que sí, y entonces le contaron cómo trataban a su hijo. Ella, sin embargo, no les creyó, y les gritó que todo lo que le contaban era mentira.

Al cabo de algunos años, el joven se cansó de los maltratos de su esposa, y se buscó una nueva pareja que lo tratara mejor. Vivió tranquilo poco tiempo hasta que murió.

Su primera esposa no se volvió a casar. Hoy tiene un negocio ambulante y vive con su último hijo.

LESLIE KATHERINE TAMAYO
nació en Ambato, Tungurahua, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es nadar.

Mi hermano Juan Carlos

Mis padres no me planificaron: mi mami estaba en trámites para hacerse la ligadura de trompas, pero quedó embarazada por tercera vez, esta vez de mí. Cuando se fue hacer la ecografía, el doctor le dijo que estaba esperando una mujercita. Desde ese instante fui la alegría de mis padres y mi familia, porque era la única niña.

Nací el 21 de febrero del 2001; mis padres decidieron ponerme Leslie Katherine. Era una bebé gordita, saludable, alegre y consentida, especialmente por mis abuelitos. Jamás me faltó el pan de cada día porque mis papás trabajaban mucho.

En mis primeros años todo transcurrió sin ningún obstáculo. Como cualquier niña, era traviesa y un poco mal hablada. A mis cuatro años entré al jardín Los Nardos, culminé la primaria en la Escuela Eugenia Mera y actualmente estudio en el Colegio Ambato. Todo era bonito, todo estaba bien.

Sin embargo, al cumplir diez años, pasó algo inesperado que marcó mi vida. Mi primer hermano, Juan Carlos, de quince años, empezó a enfermarse frecuentemente con fiebre y anemia; entonces, mis padres se preocuparon y acudieron a varios médicos para saber qué estaba pasando con su salud. Fuimos a la Cruz Roja de Ambato y le hicieron muchos exámenes. Finalmente, el doctor nos dio una noticia que nunca nos imaginamos: tenía un cáncer que afectaba a los ganglios, llamado "linfoma de Hodgkin".

Desde ese momento, nuestra vida dio un giro de noventa grados. Mis padres ni siquiera sabían que existía esa enfermedad; los médicos tampoco sabían cómo ni por qué le había dado. Mi madre comenzó a hacer todo lo que los doctores le decían; por ejemplo, tratamientos de quimioterapia que no lo ayudaron: su salud incluso empeoró. Tenía tumores en la columna, así que el médico que lo atendía en Ambato decidió dejar el caso.

Entonces lo mandaron a Solca, en Cuenca, donde le hicieron otro tipo de quimio que tampoco resultó. Mis padres se sentían derrotados porque ya no había dinero, tuvieron que pedir ayuda a algunas instituciones. Los tratamientos eran muy caros, e incluso tuvieron que viajar fuera del país para hacerle exámenes que no existían en Ecuador.



Los resultados eran cada vez más desalentadores. Entonces, mis padres lo llevaron al Hospital Eugenio Espejo, de Quito. Ahí le pusieron otro tratamiento diferente y más fuerte que los anteriores. Mi hermano se puso mejor por un año, pero luego volvió a recaer. El doctor no podía creer que su cáncer fuera tan severo. Ya no sabía a qué tratamiento someterlo.

Le practicaron nuevos ciclos de quimio y radioterapia. Mi hermano se sentía muy deprimido por todo lo que le pasaba, pero ahí siempre estuvimos nosotros para darle fuerzas y valor para seguir adelante. La situación era muy triste, un cuento de nunca acabar. Incluso estuvo a punto de morir desangrado por lo fuertes que eran los medicamentos.

Mis padres terminaron buscando ayuda en una fundación llamada Jóvenes contra el Cáncer. Ahí, mi hermano recibía charlas motivadoras de otras personas que también estaban pasando por

esa maldita enfermedad. Eso lo ayudó un poco a sobrellevarla, pero al mismo tiempo se ponía triste al ver que sus amigos se iban muriendo de uno en uno.

—Solo falto yo —decía. A nosotros esas palabras nos rompían el corazón.

En un punto, mi hermano decidió utilizar medicina natural y alternativa, lo cual solo le alargó la vida siete meses.

Trabajaba en una institución como discapacitado, porque le gustaba: decía que así se olvidaba un poco de su enfermedad. Después de un tiempo, sin embargo, se le empezaron a hinchar las piernas. Nuevamente se puso muy grave y lo llevaron al Hospital del Seguro, en Quito. Estar ahí una semana fue lo más horrible para él, porque los médicos dijeron que ya no había nada que hacer.

Mi hermano decía que no quería morirse todavía, y menos aún en un hospital, así que inmediatamente mi mami fue a pedir que le dieran de alta. Fue entonces cuando mi papá nos dijo a mi hermano Pablo y a mí que Juan Carlos iba a morir. No voy a olvidar nunca su reacción: se sentó en el piso tomándose la cabeza con ira.

—¡¿Por qué a mi hijo?! —gritaba.

Cuando llegó a la casa fue más difícil, pues ya no podía valerse por sí mismo. Mi padre y mi hermano bajaron para subirlo en brazos y lo acostaron sobre mi cama. Juan Carlos, llorando, decía:

—¡Al fin en mi casa!

En ese cuarto estábamos Pablo y yo, y al verlo así salimos a llorar afuera, abrazados.

Esa noche, Juan Carlos durmió conectado a unas máquinas con oxígeno. Yo dormí en la misma habitación.

—Katy, tengo mucho frío —se quejó en un momento, y me pidió que lo abrazara para calentarse.

Al siguiente día llegaron todos los vecinos a visitarlo. Mi mamá le preguntó si quería un sacerdote para confesarse y él dijo que sí, pero que fuera joven como él, para que lo aconsejara.

A eso de las siete de la noche llegaron mis primas, que son enfermeras, y le dijeron a mi mami que solo le faltaba darle la bendición. Mi mami se llenó de fuerza y valor para acercarse a mi hermano y decirle que podía irse en paz y que todos íbamos a estar bien aquí. A los pocos minutos de eso, mi hermano suspiró. Yo estaba junto a su cabeza, asustada, sin saber qué pasaba ni cómo reaccionar. Las personas que estaban en ese momento nos alejaron de su lado porque era un cuadro triste y doloroso. En ese instante sentí que se iba una parte de mi corazón y de mi vida.

HERLINDA SANTOS nació en Salinas, Santa Elena, en 1970. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Jose Mejía Lequerica. Su actividad favorita es la lectura.

El último abrazo

Doña Ursulina Tomalá de Santos era una persona humanitaria, consciente del valor de la unión familiar. Siempre iba atrás de todos sus hijos y nietos con unas manitas cálidas con las cuales nos acariciaba y las que movía al darnos la bendición.

Yo doy fe de que mi "abue" lo era todo, era mi eje, mi centro. A veces salía corriendo del trabajo porque sabía que ella me esperaba para la merienda, sentada siempre al frente de la mesa, con nuestra alita de pollo.



Decirles que la amaba es mentir un poco, porque en realidad la adoraba. Después de la pérdida de mi mamá, ella fue mi protectora junto a mis tías, que hoy en día son parte fundamental de mi vida.

Yo salía lo más pronto posible de mi trabajo. Afuera me esperaba mi hermano en el carro y nos íbamos a buscarle los panes de tortuguita que a ella le gustaban. No quería otro pan más que ese. Cuando llegaba a su casa, el corazón se me alegraba al ver la sonrisa en su carita.

—¡Mijiiiita! —me decía. Eso superaba el cansancio del día de trabajo.

Un día no llegué a comer. Tenía una reunión con las autoridades del cantón Salinas, pues me desempeñaba como jefa del Departamento de Turismo. Fue entonces que recibí la noticia de que había enfermado. Yo debía dirigir la reunión, pero no me concentraba, sabía que algo andaba mal. Mi corazón estaba muy

acelerado, y como los asistentes eran muy amigos, me preguntaron y les conté. Todos sabían del amor que le profesaba a mi abue, así que me dijeron:

—¡No debes estar aquí! ¡Anda, ve junto a ella!

Abracé fuerte a mis compañeros de trabajo y bajé corriendo las escaleras con los tacos. Mientras lo hacía, solo rogaba que ella estuviera bien, que cuando llegara a la clínica ella me recibiera con su sonrisa de siempre y diciéndome:

—¡Mijiiiita!

Llegué pero ya era tarde. Ella había emprendido ese largo viaje del que no hay retorno. Mis tías me dijeron que la llevara a casa en mi carro, porque le gustaba y en él había andado mucho en los últimos tiempos.

Cuando subieron su tierno cuerpecito, la abracé fuerte y le agradecí por todo su amor, por todas sus bendiciones, por todas las veces que me esperó para comer juntas. Como en una película pasaron por mi mente todas las veces que nosotros, sus nietos, le celebramos sus cumpleaños y las Navidades, las veces que nos contaba una y otra vez su historia con mi abuelito, cómo se enamoraron y lo orgullosa que se sentía de haber sido su esposa.

ARELIZ YAMILETH IBARRA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel.

Una pérdida memorable

Mi mamá era una persona muy trabajadora y responsable, aunque yo me enojaba con ella porque me reprendía mucho.

Un día común y corriente se fue a trabajar, pero lo extraño fue que no regresó temprano a casa, sino en la noche, con un dolor en su pie. Me dijo que solo era un pequeño golpe; sin embargo, con el pasar de los días le seguía doliendo.



Finalmente, decidió ir al hospital, donde le dijeron que se había fracturado el fémur. Aunque la operaron, no sirvió de mucho, porque ya no pudo caminar y eso la deprimió. Por esa razón, se le desarrollaron tres tumores en la cabeza. Al enterarme de esto, se me partió el corazón: sabía en el fondo que ya no la recuperaría.

Un día, mi mami perdió completamente la memoria, ya no me reconocía. La trasladaron rápidamente a una clínica en Quito pero a los tres días perdió la vida. Hoy, ese ser adorado se encuentra solo en mis recuerdos.

MARITZA CALDERÓN nació en Balao, Guayas, en 1966. Actualmente es ama de casa. Su hija Paula Cueva Calderón estudia en el Centro Educativo Semionovych.

La vida cotidiana

Soy madre de familia, y mi trabajo consiste en cumplir con las tareas hogareñas. Aunque no lo parezca, es una labor bastante sacrificada, pues hay que estar pendiente de todos los detalles de la casa y realizarlos a la mayor brevedad posible, ya que la mañana es relativamente corta.

Entre otras cosas, despierto a mi hija, preparo el desayuno para ella y mi esposo, llevo a mi niña a la escuela, regreso a casa, empiezo a ordenar, pongo la ropa a lavar, limpio el polvo y paso la escoba… Apenas acabo, debo preparar el almuerzo y aprestarme nuevamente para retirar a mi hija de la escuela.



Al volver, nos reunimos a la mesa y nos servimos el almuerzo. Mi hija realiza sus tareas, y cuando las entiendo la ayudo. Luego nos disponemos a descansar, tras cumplir con las actividades dispuestas para cada miembro de la familia.




JORGE LUIS SAMPEDRO
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Canchagua.

Vicisitudes y alegrías de una familia

Yo, Jorge Sampedro, nací el 31 de julio del 2000. Desde aquel día he vivido muchas experiencias y superado los obstáculos que se presentaron en mi vida. Esta es una breve reseña de los momentos más bonitos y difíciles.

Yo convivía con mis padres y hermanas. Éramos muy felices hasta que un día mi madre encontró otro trabajo y se alejó de nosotros. Fue una noticia muy triste. Nos quedamos con mi padre hasta que, como parte de esa racha de mala suerte, un día se fue a la oficina y tuvo un accidente.

Sin embargo, se recuperó y se fue donde mi madre a trabajar. Yo tenía diez años y me quedé viviendo con mis hermanas. A veces me sentía muy triste al no estar con mis padres, pero aun así seguí estudiando.

Dos años después, mis hermanas terminaron el colegio. Fue un día de mucho orgullo, pues una de ellas se graduó en primer lugar, y mis padres realizaron una pequeña comida en familia para festejarlo.

Finalmente, mis hermanas se fueron a la universidad y yo, que en ese entonces tenía doce años, me quedé solo en la casa. Yo mismo tenía que cocinar, lavar y arreglar cuando llegaba del colegio, y después hacía mis tareas. Recién los fines de semana me trasladaba donde mis padres. Después de un año, me cansé y me fui a vivir definitivamente con ellos. Allí, los ayudaba en todo lo que hacían. Desde la casa, salía caminando a la vía para esperar un carro que me llevara al colegio de Canchagua.

Un día estábamos con mis padres y mis hermanas cuando llegaron unos desconocidos que nos amarraron y nos robaron el carro. Al siguiente día yo seguía asustado. Buscamos el carro por todas partes pero no lo logramos localizar.

Poco a poco comenzamos a luchar de nuevo para poder salir adelante y recuperarnos de aquel momento infeliz. A veces mi madre todavía derramaba lágrimas de dolor, pues no superaba lo sucedido, y a mí también me causaba mucho dolor cuando la veía así.



Después de como ocho meses nos enteramos de que el carro robado se encontraba en Santo Domingo, pero no en buen estado. Aunque totalmente dañado, mis padres lo arreglaron y lo vendieron.

Finalmente llegó el día que tanto esperaba: cumplí diecisiete años y me fui a trabajar con mi abuelito. La pasé bien, y cuando regresé me tocó ingresar de nuevo a clases, a tercer año de bachillerato. El primer día fue muy emocionante, pues me reencontré con mis compañeros.

Pasó el tiempo y llegó el mes de septiembre. Entonces me enteré de que sería abanderado del pabellón nacional. Me sentí muy orgulloso de mí mismo, y mis padres también me felicitaron.

En diciembre me enteré de que, junto con todos los abanderados de la provincia de Cotopaxi, me había ganado

un viaje a Esmeraldas por mi rendimiento académico. Allí la pasamos de lo mejor: cuando llegamos nos trasladamos a un hotel, en donde pasamos la noche, y al día siguiente nos subimos a un buque, una experiencia maravillosa para mí. Nos explicaron cómo funcionaban los motores, todo lo que incluía y cuántas personas trabajan allí; me sentí muy emocionado.

En Navidad, compartí momentos inolvidables con mi familia. Finalmente, llegó Año Nuevo y me propuse muchas cosas; además, le pedí a Dios que a toda mi familia y a mí nos vaya bien en este 2018.




ANDRÉS SEBASTIÁN VILLAVICENCIO
nació en Naranjal, Guayas, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Esteban. Su actividad favorita es el deporte.

Muchas veces, el interés se disfraza de amistad

Pedro Martínez era un muchacho cuyo padre trabajaba como director ejecutivo en una de las empresas más importantes del país, con un buen salario. Su lujosa vida servía de inspiración a los demás empresarios y ejecutivos, pues el señor Martínez había surgido de

una familia muy pobre, en la que apenas alcanzaba el dinero para las necesidades básicas, pero tras haber aprendido el valor real de la vida, el amor a sí mismo, al trabajo, al esfuerzo y al estudio, progresó hasta convertirse en una persona poderosa e influyente.

Pedro, por el contrario, había crecido en un ambiente lleno de lujos; nunca había sufrido la falta de dinero ni había dejado de alimentarse por lo menos dos veces al día. Era el Ricky Ricón de la ciudad.

El señor Martínez era viudo y solo tenía a Pedro, a quien complacía, al mismo tiempo que trataba de enseñarle los valores que él había aprendido en su niñez. Cada día se cuestionaba frente al espejo, pues creía que era un padre muy duro: quería formar a su hijo como lo habían formado a él.

Desde niño, Pedro tuvo amistades que no eran de su mismo nivel económico. Con el dinero de su padre les compraba juguetes, los invitaba a restaurantes lujosos, a las heladerías más costosas, al cine para ser los primeros en ver las películas de superhéroes; cumplía todas las ilusiones de la niñez, y así sentía que sus amigos lo amaban de verdad.

Pasaron los años y Pedro cumplió la mayoría de edad. En aquella época, el señor Martínez había enfermado, pero antes de morir le dijo que, pasara lo que pasara, no malgastara la fortuna que iba a heredar, que el dinero no compra la amistad, que no perdiera en lujos y vanidades todo el esfuerzo que él había hecho. Quería lo mejor para su hijo.

Cuando finalmente murió el señor Martínez, Pedro, dolido por su ausencia, salía todos los días chequera en mano a beber y disfrutar del dinero que ahora le pertenecía. Sus amigos lo adoraban, y él sentía llena el alma con la atención que le brindaban.

Sin embargo, por aquel despilfarro, la fortuna heredada se esfumó. De pronto, Pedro no tenía un centavo en el banco. Había



acabado con el dinero que el señor Martínez había conseguido con tanto esfuerzo.

Desesperado por encontrarse en una situación en la que ya no tenía ni para alimentarse, acudió a sus amigos. Cuando Pedro les explicó que había acabado con su fortuna, que se sentía solo y necesitaba de ellos, pasó inmediatamente de ser un muchacho poderoso y adinerado a ser un huérfano sin dinero: sus amigos le dieron la espalda, desaparecieron de su vida. Lo que Pedro no entendía era que aquellas amistades eran interesadas; no lo querían a él, sino a su fortuna.

El joven entró en una depresión tal que la única salida que encontró fue suicidarse. No había más opción: si no tenía nada ni a nadie, ¿para qué vivir? Del segundo piso de su casa sobresalía un pilar. Pedro amarró allí una soga y subió a una escalera para colgarse.

Sin embargo, el pilar cayó por su peso y destruyó la pared que sostenía. Para sorpresa del joven, allí había una recámara que escondía el segundo piso de la casa. En sus tres cuartas partes estaba llena de dinero y joyas; había, fácil, el triple de dinero que Pedro había heredado.

Asombrado por tal situación, se internó en la recámara y encontró una carta que el sol iluminaba divinamente. Estaba firmada por el señor Martínez: "Hijo mío, si llegaste hasta este punto, quiere decir que mis palabras no tuvieron efecto en ti, pero al final te diste cuenta de quiénes en verdad te aman y quiénes solo se aprovechan de ti. Preferiste escuchar a amigos que te dieron la espalda en vez de a tu padre. No te dejé toda mi fortuna porque sabía que la malgastarías; esa pequeña parte solo fue para que vieras el error que estabas cometiendo. El dinero no compra la amistad ni la lealtad, menos la felicidad. Adelante, hijo mío, forma de nuevo tu vida y aléjate de las personas que te hacen daño. Sé mejor que tu padre".

Pedro reflexionó sobre cómo había vivido su vida y lo cerca que había estado de perderla. De no ser por su padre y los cuidados que tenía hacia él incluso después de muerto, no habría tenido una segunda oportunidad.

Muy rápidamente volvió a tener riquezas y poder. Se puso la ropa más lujosa que tenía y salió a buscar a aquellos amigos que le habían negado su ayuda cuando todo estaba perdido. Al ver a Pedro de nuevo tan elegante y feliz, se apegaron a él y le dieron toda su atención; de repente volvían a alabarlo y a tratarlo bien.

El joven decidió llevarlos a un restaurante que les recordara los lujos que solía darles. Mientras todos juntos degustaban de una exquisita sopa de caviar, Pedro tomó su plato y se lo echó en su camisa, diciendo:

—¿Acaso no es este el amigo que siempre han querido? ¿Con dinero y poder para hacer lo que quiera? Pues ahora que estoy todo sucio como antes, cuando no tenía nada, ¿me van a volver a dejar? Hipócritas.

Se levantó de la mesa, pagó los alimentos y salió del restaurante. Acto seguido, se dirigió a casa y miró al cielo para agradecer a su padre y a la vida por aquella segunda oportunidad. Se había dado cuenta, finalmente, que lo más importante no es lo material, sino lo sentimental.




NATALIA ACEBO
estudia en primer año
de Bachillerato del
Colegio de Bachillerato
Tonchigüe.

La desdichada vida de Paulina

Mi vida no transcurrió de una manera muy agradable para mis ojos o los de los demás, pero fue la que me tocó vivir.

Cuando tenía tres años de edad, vivía en una finca en el pueblo de San Pedro, provincia de Manabí, en una enorme casa de madera y ladrillos que habitaba con mis padres, mis hermanos mayores y una que otra persona que rentaba la segunda planta.

Fue entonces cuando conocí a la señora María Isolina de Torres, la maestra de la escuela del pueblo. Venía desde Quito, y



viajaba allí todos los viernes en la tarde y regresaba los domingos por la noche. Me imaginaba que era realmente tedioso tener que viajar a la Sierra después de trabajar toda la semana.

Esa mujer, junto con su esposo, Víctor Torres, se hicieron grandes amigos de mis padres y fueron elegidos como mis padrinos. Tenía cuatro años cuando me marché con ellos a pasar un tiempo a la capital. Fue entonces que me alejaron de mis verdaderos padres y se convirtieron en mis padres ficticios, en unas "vacaciones" que en realidad fueron de puro dolor y sufrimiento.

Iba creciendo en un lugar lleno de lujos, una casa muy grande y elegante. Muchos decían "Qué afortunada eres por vivir allí", pero la verdad es que me trataban como esclava: tenía que limpiar, cocinar y lavar con tan solo siete años. Además, debía hacerme cargo de tres tiendas que tenían mis supuestos padres, levantarme a las dos de la mañana y lavar abundantes tinas de ropa con esa agua terriblemente

fría. Después hacía el desayuno para la familia: grandes banquetes en la gran mesa, mientras yo solo comía un pan y medio vaso de leche que me servía en la cocina. Luego, me ponía mi chalina y con la enorme cesta de paja toquilla en mi pequeña espalda corría para dejar los suministros de las tiendas (azúcar, leche y pan) en sus respectivos lugares. Finalmente, corría para arreglarme e irme a la escuela, luchando por no dormirme. En el recreo salía con el permiso de don Juanito, el conserje de la escuela, dejaba los guisos del almuerzo en llama baja para que no se quemaran, y volvía otra vez corriendo antes de que el recreo se acabara.

Nunca tuve tiempo para jugar con una muñeca. Cuando volvía de la escuela, terminaba de cocinar, salía a entregarle el almuerzo a mi padre, regresaba a casa y, tras dejar todo lo más nítido posible, me ocupaba de mis tareas escolares. Solía terminar a las once o doce de la noche; casi no dormía, pero aun así era una de las mejores estudiantes.

Así crecí hasta llegar a ser una adolescente de catorce años, una inocente niña de tez mestiza, cabello ondulado, ojos color azabache y un pequeño cuerpo que comenzaba a cambiar. Un día, una amiga de mi madrina vino a visitarla y me pidieron que les preparara el té. Ya con las tazas en mis manos escuché que hablaban: mi madrina le decía a su amiga que yo no era su hija, pero que sus padres no podían hacerse cargo de mí, así que ella me había acogido en su casa. Después de todo, necesitaba una cachifa[1].

Esas palabras me llegaron hasta lo más profundo de mi corazón, y provocaron que cayeran lágrimas de mis ojos. Ahora entendía por qué ella era así conmigo: no era su hija, no me quería.

Días después empecé a preguntarme quiénes eran mis

1 Empleada del servicio doméstico.

verdaderos padres. El ciclo escolar ya terminaba y en mi colegio harían una travesía al lago San Pablo, en Otavalo. Yo moría por conocerlo, pero por más que supliqué, mi madre no me dio permiso.

Ese viernes en la mañana fui en busca del periódico y me encontré con el autobús en el que mis compañeros se iban de viaje. Tanto insistieron que regresé a casa y, entrando por la puerta trasera, fui a mi cuarto, saqué mis joyas y un dinero ahorrado, y me embarqué.

Después del viaje, que no fue nada agradable —pues casi morí ahogada en el lago y tuve una terrible fiebre toda la noche—, regresé a mi casa con el corazón en mi boca. Cuando iba a girar la perilla de la puerta, escuché gritar histérica a mi madre:

—¡Pero ya va a ver esta guambra la paliza que le voy a dar cuando llegue!

—Cálmate, mujer, no seas tan mala con la niña. Mira que ella es tan útil en esta casa… —hablaba mi padre—. Dime, María, si la ibas a tratar como esclava, ¿por qué te la llevaste de sus padres?

Esas palabras me rompieron el corazón en pedazos y entre lágrimas me di la vuelta y me marché de aquel lugar. Sin saber qué hacer ni a dónde ir, terminé en la casa de María José Flores, mi maestra. Ya allí, le supliqué que me dejara quedarme mientras buscaba a mis verdaderos padres. Así, fui huésped de su pequeña familia: ayudaba en lo que más podía y jugaba gustosamente con sus dos hijos.

En aquel tiempo pude disfrutar de mi inocencia e infancia como nunca lo había hecho; en esos hermosos momentos pude ser feliz. Pero una mañana en la que tuve que salir de la casa para comprar leche, escuché un estruendoso grito que provenía de mi supuesta madre. Del susto, tiré la leche y corrí como si mi vida

dependiera de ello. Sin pensarlo, llegué al cementerio y me metí a una bóveda. Por el susto, la cerré con tanta fuerza que se atoró; por más gritos que daba, parecía que nadie podía escucharme. Con las uñas ensangrentadas de tanto rasgar la puerta, sentía que el oxígeno se me iba y la visión se me nublaba.

Como el sol, iban desapareciendo mis esperanzas de salir, pero cuando sentía que estaba a punto de derribarme, descubrí a una mujer poniendo flores en un sarcófago cercano y grité con mi último aliento. Lo último que vieron mis ojos fue que ella giraba a mi dirección.

Cuando desperté, me encontraba en la casa de mi maestra. En la sala estaban María José y su esposo, que me dijeron:

—Tenemos que conversar. Ya no te podemos tener en nuestra casa.

—¿Pero por qué? —pregunté intrigada, a lo que me contestaron que los habían demandado por secuestro.

Una amiga de mi madrina había visto dónde estaba escondida. Ahora más que nunca tenía que ir a buscar a mi verdadera madre.

Después de esconderme por unos días en un hotel, cortesía de mi maestra, me subí a un autobús que me llevaría a El Carmen, donde decían que vivía mi familia. Pasé casi dos semanas tratando de encontrarla, pero no lo lograba. Incluso dormí en la calle, porque una noche en un hotel trataron de violarme. Terminé pernoctando en un parque, cuyo encargado, un hombre de avanzada edad algo cascarrabias, de nombre Marco Padilla, se convirtió en mi ángel protector.

Cierto día, de lejos, divisé una sastrería. Como me habían dicho que mi madre era costurera, tenía que intentarlo, así que entré. Una amable mujer de tez mestiza y pequeños ojos cafés me atendió. Al verla no pude evitar que mis lágrimas cayeran, por la esperanza de que fuera mi madre.

—Querida, ¿qué te sucede? ¿Por qué lloras? —me preguntó la mujer, sintiendo las miradas de las demás personas del lugar.

—Quería saber... —balbuceé—. ¿Me puede decir su nombre, por favor?

—Mi nombre es Sandra Viteri, señorita. —Al escucharla, mis esperanzas se esfumaron y me convertí nuevamente en un mar de lágrimas—. Cariño, pero ¿a quién buscas?

—A mi madre, señora.

—Dinos su nombre, querida —dijo una mujer que estaba al lado y no dejaba de mirarme.

—Se llama Narcisa Morgan —contesté.

En eso, otra de las mujeres se levantó asombrada de su silla y sus ojos se cristalizaron:

—Paulina, ¡eres tú!




MAIRA NARCIZA VERDUGA
nació en Chone, Manabí, en 1966. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Jorge Rodríguez Román. Su actividad favorita es leer.

Traspasando barreras

Hace muchos años vino al mundo una hermosa niña llamada Lulú. Nació en un pueblo que nunca conoció, sin un padre que velara por ella, con una madre que poco o nada sabía de la vida, y varios hermanos que, al igual que ella, no tenían padre.

La vida de Lulú transcurrió en un barrio populoso de una gran ciudad, donde los vecinos se reunían para contar historias



a veces alegres y a veces terroríficas. Por ejemplo, decían que por las noches se aparecía un jinete que llevaba la cabeza en las manos. Las más ancianas contaban también que a los borrachitos que caminaban a altas horas de la noche se les presentaba una hermosa mujer que los llevaba al cementerio, donde se destapaba la cara; los pobres se morían de un infarto. Historias como esas hacían que los más pequeños se arrebujaran en los brazos de las mamás, que reían al verlos asustados.

Otras veces jugaban naipes hasta altas horas de la noche, y cuando había fiesta todos se reunían para disfrutar del pachangón. Ataviados con sus mejores trajes, acudían presurosos para guardar puesto y, sobre todo, para llegar a saborear los alimentos que preparaban.

Lulú creció en ese ambiente, feliz aunque nunca hubiera conocido al hombre que la había engendrado. Sentía que nunca tendría un hogar como el de sus amigas; sin embargo, guardó ese

sentimiento en lo más profundo de su ser. Nunca preguntó quién era aquel señor ni cómo se llamaba; no había tiempo. Aunque las carencias eran grandes, se despreocupó de saber sobre su padre.

Un día, resultó que su madre se comprometió con un hijo de la dueña de la casa donde vivía. A Lulú y a sus hermanos no les dijeron nada, ellos simplemente se hicieron a la idea de que su mamá tenia esposo. Era un hombre joven y trabajador, pero con un par de grandes defectos: le gustaban mucho el juego y la bebida. Cuando no estaba apostando a los naipes, estaba libando, así que nunca tenía dinero. La familia pasaba necesidades muy grandes, pero siempre había alguien que los protegía.

La casa era de caña, cadi y piso de tierra, y con aquel "padre" no iban a salir nunca de la pobreza. A su mamá se le hacía la cruz pesada, tanto que si los familiares del esposo le hubieran pedido que les diera a sus hijos para llevarlos a vivir con ellos, ella habría aceptado. Era comprensible, no había para alimentar a tantos.

A veces Lulú se sentaba en un rincón del corredor y se preguntaba qué sería de su vida. Soñaba que tenía una casa bonita, que no pasaba necesidades y que era parte de una familia con padre, madre y hermanos. Ese fue su sueño siempre.

"Yo estudiaré para tener una profesión y comprarme todo lo que quiera". Con ese pensamiento creció Lulú. Sin embargo, al cabo de algunos años, aquella niña quedó desprotegida, desvalida, sin nadie que velara por ella: su madre se mudó de ciudad y la dejó con los suegros, un par de personas adultas que vivían solas, pues sus hijos ya eran mayores.

La madre de Lulú la olvidó temporalmente. Pasaron aquellos años y nunca la visitó. Mientras tanto, la adolescente no tenía ropa ni zapatos; se vestía con lo que le regalaban, pero nunca dejó de estudiar.

Terminado el segundo curso, se fue en busca de su madre, y en aquella nueva ciudad logró ingresar a un colegio y obtener un título que le sirviera para trabajar y ayudar en casa. Silenciosamente continuó su formación, luchando por superarse. Quizás el no haber tenido una vida cómoda hizo que aquella muchacha llena de sueños continuara labrando su destino.

Ahora, adulta, con un hogar formado y un trabajo estable, sabe que lo más importante, lo que cuenta, es la fortaleza para superar barreras. Hoy, con los años a cuestas, tiene la firme convicción de que se puede hacer realidad todo lo que se desea; todo es posible cuando se tiene claro a dónde se quiere llegar.




PAUL UZHCA
nació en la comunidad Chipcha, Chimborazo, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Once de Noviembre. Su actividad favorita es estudiar.

Cuando murió mi abuelo

Cuando falleció mi abuelo, hace aproximadamente veinte años, mi abuela sufría mucho por sus hijos, que eran pequeños. La familia tenía deudas con otras personas, y de repente empezaron a llegar para cobrar su dinero. Sin saber qué hacer, y con dolor en su corazón por la muerte de su esposo, mi abuela salió a pedir prestado de nuevo para poder pagar las deudas viejas.



Una tarde, mientras caminaba, escuchó un ruido y se asustó, porque parecía que venía un tropel de caballos. Sin embargo, esperó un buen rato y no pasaron a su lado. Se disponía a seguir caminando cuando vio que en el suelo había aparecido, de la nada, una funda de azúcar amarrada con tiras de doce colores. La tomó y, muy preocupada, salió corriendo como si alguien la persiguiera. Ni siquiera le importó meterse en la quebrada.

Después de unos tres kilómetros se escondió en unos matorrales y, como la curiosidad le ganaba, abrió la funda. Adentro había un papel, y debajo de él, mucho dinero. Al principio no se lo contó a nadie, pero con aquel dinero pagó sus deudas y compró para sus hijos alimentos, ropa y todo lo que pudo para ayudarlos.

Este relato me hace pensar que mi abuelo siempre estuvo con su esposa, y la ayudó, aun después de muerto, a solucionar los problemas y cuidar de su familia.




BETTY RODRÍGUEZ
nació en Naranjito, Guayas, en 1982. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Cinco de Octubre. Su actividad favorita es ser docente parvularia.

Alba y su padre

Esta es la historia de Alba, una niña de siete años, siempre feliz y sonriente. Tenía cuatro hermanos: tres varones y una mujer. Su mamá se dedicaba a las labores de la casa y del campo. Su padre trabajaba en una compañía llamada Hidalgo Hidalgo y la consentía mucho; de cariño le decía "mi cholita".

Un viernes, por el mes de diciembre, como siempre después de clases, arregló su maleta y se fue con su hermano mayor a la finca. ¡Uy! Era para ella el paraíso en medio de dos cerros, con una casita de caña rodeada de un bellísimo riachuelo, en el



que le encantaba lavar los platos después de las ricas comidas cocinadas a leña. Veía el correr del agua cristalina, pequeños peces y sobre todo las cosas hermosas creadas por Dios.

Cierto día, jugando con su hermano en el riachuelo, se abrió la balsa de boya que su padre les había hecho con amor, y se cayeron. Por suerte no era peligroso, pues estaban en un sitio llamado Las Vegas, donde el agua era mansa y no muy profunda, perfecta para jugar. Su papá les solía decir que no se apartaran de allí y ellos siempre le obedecían. Alba solo iba a lo más profundo cuando él la cargaba en sus brazos; allí se paraba encima de las tortugas y, encantada, se movía al ritmo de ellas. Allí estaba su padre para cuidarla.

A pesar de ser niña todavía, Alba se daba cuenta de que sus padres no hablaban entre sí. Un día los juntó, los hizo abrazarse y les dijo:

—Si se llevan, mato a mi chirapo.

Y es que Alba tenía muchos animales —además de las rosas sembradas por ella—, pero un pollo chirapo era su preferido. Aun así, no le importaba matarlo si sus papis estaban juntos y contentos.

Una mañana, el padre de Alba le dijo:

—Vamos a que mi chola conozca Guayaquil. —Alba saltó de emoción.

Al llegar, el señor dijo:

—Mira, hija, este es el río Guayas.

—¡Tan grande! —respondió Alba, asombrada.

Ya en la ciudad compraron muchas cosas, pues era época navideña. Hasta que la niña vio un hermoso vestido rosado y le pidió a su padre que se lo comprara, a lo que la mamá dijo:

—¡No! ¡Ya le has comprado otros vestidos!

—No, ya no —coincidió el padre, mirando a Alba.

Ella también lo miró y le dijo:

—¡Ojalá te mueras!

Desde este momento no conversaron. De regreso a la casa, él se quedó en la finca y al bajarse del vehículo le tocó la cabeza, despidiéndose. Era para siempre.

Al siguiente día era su cumpleaños, pero Alba, molesta con él, no quiso ir a la finca. Fueron su hermana y su madre, quienes llegaron a la casa y esperaron al padre toda la noche. En una lluvia torrencial, este había salido a acompañar a unos amigos que se iban de vacaciones, pero en una curva dieron vueltas de campana. El padre murió al instante. El único pasajero que se salvó comentó que solo había dicho: “Mis hijos…”.

Desde entonces, la vida de Alba cambió. Comprendió que lo material no era indispensable para ser feliz. El 31 de diciembre, mientras sonaba la sirena anunciando el nuevo año, su padre estaba en casa dentro de un ataúd. Para ella no estaba muerto, solo dormido, y con sus ojos abiertos la miraba.




IBETH ADAMARY REYNA
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Nuestra Señora de Fátima.

Mirándome tras el espejo

Hoy, con mis amigas, planeamos una fiesta. ¡Ya pronto saldríamos a vacaciones! Llegué a mi casa muy emocionada para contárselo a mi madre, pero, ¡oh, sorpresa!, de inmediato la noté muy angustiada.

—¿Pasa algo, ma?

—Tengo que hablar con todos los de la casa esta noche.



—¿Sucede algo malo?

—No, corazón, solo he tomado la decisión correcta para todos.

—No logro entender lo que intentas decir cuando te refieres a "la decisión correcta", pero si piensas que será lo mejor, pues okey.

Toda la tarde me la pasé hablando con mis amigas sobre la gran fiesta. ¡Estaba muy emocionada, porque sería la primera para nosotras!

—¡Ada! —oí gritar a mi madre desde el piso de abajo.

Gruñendo para mis adentros salí de aquella pequeña nube en la que me encontraba, bajé las escaleras y vi a mis hermanos, a mi madre y a mi padrastro esperándome en silencio. En mi mente lo primero que se me ocurrió fue: "¿Acaso tendré un hermanito?". Me senté junto a mi hermana y pude ver cómo los ojos de mi madre se llenaban de lágrimas.

—Sé que todos estamos acostumbrados a vivir aquí —dijo—, que todos tenemos amigos, que nos hemos acostumbrado al calor, a la comida, a los fines de semana en familia… Pero, hijos, tenemos que irnos de esta ciudad. Sé que será difícil para todos, pero poco a poco nos acostumbraremos.

Estado de *shock*. ¿Qué acababa de decir mi madre? ¿Que nos iríamos de allí? No entendía cómo era la mejor decisión para todos. Sentía cómo mi sangre circulaba cada vez más rápido; no lograba asimilar la noticia. De inmediato se me vinieron las imágenes de todo el año viviendo en Lago Agrio, tan rápido como en una película.

Mi madre, con los ojos llorosos, interrumpió mis pensamientos:

—¿Entiendes, Ada?

—¿De qué hablas, ma? —fue lo único que pude responder.

—De que tú irás a vivir a Ibarra, y Jeison, tus hermanos y yo iremos a vivir a Lita. Quiero que entiendas que todo lo que hago es por tu bien. Quizá cuando crezcas lo entiendas de mejor manera.

—Pero, mami, por favor, yo también quiero vivir contigo.

—¡Ada, entiéndelo! Necesito una buena educación para ti, y en Lita eso no lo tendrás.

—Si tu decisión es esa, pues que así sea…

—Ada, perdóname, pero muy pronto sabrás que fue por tu bien.

Mi corazón se hundía. Sentía el dolor de cada una de aquellas palabras impactantes.

—Ada, es hora de alistarnos —gritó mi madre—: nos espera un viaje de quince horas y en pocos minutos llegará el señor con la camioneta. —Mis ojos se llenaron de lágrimas. Solo pude responder que sí.

El ruido de las puertas de los armarios cerrándose en el piso de abajo me indicaba que todo había terminado. Tenía un nudo en el

estómago que no me permitía aguantar más. Cerré los ojos y recé para que mi ansiedad terminara.

Todo mi día había estado lleno de tareas cansadoras: guardar los platos, bajar la ropa, acomodar las sillas. Me dolía tanto tener que empacar mis pertenencias… Toqué el colchón con los dedos, doblé las sábanas y pensé: "Todo ha terminado". Intenté despegar las fotos de la pared, pero se rompieron, al igual que mis recuerdos. No me despedí de mis amigas ya que no soy buena para las despedidas, pero mientras la camioneta avanzaba yo sentía que todo se desvanecía.

El tiempo no para. Sin darme cuenta, ya había pasado una semana en Ibarra. Había olvidado lo buena que era mi tía, pero extrañaba tanto el calor del Oriente y el delicioso maito recién preparado (aunque mi tía diga que no le resulta agradable; no sabe lo que se pierde).

A mi madre la llamaron del colegio al que postuló a decirle que su carpeta era increíble, que su lugar de trabajo estaba listo y que querían verla a primera hora en Lita para integrarla a sus labores.

—Ma, ¿ya es hora de separarnos? —pregunté con ojos llorosos.

—Debes entender que las madres hacen lo posible para ver bien a sus hijos.

—Una vez más te lo suplico, ma: por favor, llévame contigo.

—La decisión está tomada —contestó con voz enérgica.

Bueno, mi madre finalmente se fue. Ya había empezado mi nueva vida y no podía quejarme: mi tía era muy buena conmigo y ya habíamos empezado a buscarme colegio.

Yo tenía miedo: no conocía a nadie, ni tampoco sabía dónde quedaba nada; todo era un misterio. Sin embargo, como por arte de magia apareció mi tía con un precioso regalo en sus manos.

—Es muy especial. Te servirá de compañía para que no te sientas triste y sola por las tardes —dijo mientras me entregaba un libro con una portada algo misteriosa, con un militar, dos familias y unas letras negras: *Los sueños del amor*, de José María Pajuelo. Mi tía me sonrió—: Disfrútalo.

Enseguida mis preguntas: "¿De qué trata el libro si tiene una portada tan triste?, ¿por qué tiene escasos colores?, ¿o acaso mi tía no entiende que estoy mal y que un libro triste no me servirá de mucho?". Lo dejé para leerlo otro día.

Ya se había cumplido el primer mes en Ibarra y mi mamá no había ido a verme. No era que me sintiera sola, pero necesitaba verla y tener su presencia.

Al día siguiente sería mi primera jornada de clases en décimo año, y tenía muchos sentimientos encontrados: las clases habían empezado hacía una semana y yo recién me integraba; sentía mucha felicidad pero también algo de miedo y vergüenza…

Enseguida escuché el grito de mi tía:

—No te distraigas tanto y vamos; si no, llegarás tarde.

Encaminamos nuestros pasos al colegio mientras yo imaginaba cómo sería todo. Ya allí, le pedí por favor que me llevara hasta mi curso, pues no quería llegar sola. Mientras cruzábamos el patio, las piernas me temblaban, sentía como que me iba a desmayar y no podía dejar de pensar en mis viejos amigos.

En eso escuché un "Siga, por favor": era mi nuevo licenciado de Matemáticas, muy antipático. No quiso que me presentara.

—Ya habrá tiempo para eso —me dijo. Los minutos de clase parecía que duraban un siglo.

Al terminar, una chica con un aspecto peculiar pero amable se acercó a hablar conmigo. Desde ese momento supe que ella sería

mi amiga en los días venideros, así que volví a sonreír y empecé a comprender que todo es por algo.

Empezaba una nueva semana en el colegio, pero, malas noticias, la única amiga que había hecho se marchó.

Tenía clases de lectura. La licenciada me hizo un gesto de bienvenida, pero yo no pude disimular que era nueva. Con los ojos hinchados de tanto llorar, esperaba a que alguien se me acercara y quisiera ser mi amiga.

El curso me resultaba insípido: todos gritaban, se insultaban, eran más inmaduros de lo que aparentaban. ¡Los días en el colegio pasaban tan lentamente! Solo quería llegar a casa y leer el libro que mi tía me había regalado.

Lo encontré arrimado al armario. Empecé a leerlo hoja tras hoja y perdí la noción del tiempo. ¡Qué libro tan maravilloso! Trata de un niño que nunca se da por vencido y tiene la esperanza de encontrar a su padre.

Los días en el colegio mejoraron; ya tenía una amiga. Me gustaba mucho su acento colombiano, y aunque no le gustaba leer se divertía cuando le contaba anécdotas sobre el magnífico libro que estaba leyendo. Me transportaba a un mundo muy lejano, en donde la perseverancia era una misión de vida. Ese libro también lo compartí con mi licenciada de lectura crítica, con quien disfrutábamos sintetizando las pequeñas historias.

Ha llegado el fin de semana, tiempo de descanso que acostumbramos pasar junto a mi tía mirando películas y comiendo picaditas, pero esta vez es diferente. Oh, ¿y esta sorpresa? ¿Quién tapa mis ojos? Siento sus manos: es mi madre, que vino a visitarme. ¡Qué alegría siento, estaré con ella luego de tanto tiempo! Saldremos a caminar por bellos lugares que he conocido en esta ciudad, prepararemos rica comida y, si es posible, haremos

una gran fiesta por su llegada. En la noche la invitaré a la cita que tengo en la Esquina del Coco con José María, el escritor del libro que estoy leyendo, un español lleno de muchas cualidades y residente en Ibarra. ¡Qué emocionada me siento! Casi no puedo creerlo, tantas emociones juntas. ¡Cómo cambió mi vida y se volvió multicolor! Ahora tengo más ganas de vivirla y disfrutarla día a día.




ESTEBAN ISMAEL CIFUENTES
nació en Ambato, Tungurahua, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San José. Su actividad favorita es leer.

El regreso de la muerte

Fue hace siete años, yo cursaba tercer grado. En aquel entonces, mi vida estudiantil estaba llena de emociones y expectativas, por cuanto había tareas y lecciones que cumplir. Sin embargo, también hubo momentos y espacios para recrearme y divertirme: mi madre se encargaba de llevarme a distintos lugares para disfrutar de la naturaleza.

Recuerdo un sábado en la tarde, muy caluroso. El sol nos abrasaba hasta quemarnos el alma. Yo era el único niño que había quedado en el barrio; todos los demás habían ido al río para apaciguar el calor. Decidí hacer lo mismo y con gran entusiasmo le pedí a mi madre que me llevara; cuando ella me respondió que sí, inmediatamente me cambié de ropa y salimos a coger un taxi para ir al balneario Las Sogas. Este lugar tenía una gran playa, muy acogedora por su paisaje, que encantaba a todos quienes la visitaban.

Había muchas personas. Nos dirigimos a donde otros niños ya disfrutaban de las refrescantes aguas del pasivo Tena, que no es muy profundo; allí, pues, se podía aprender a nadar. Por unos momentos pensé que me había olvidado, porque había pasado mucho tiempo desde que había estado en alguna piscina o río.

Mi mamá, que tiene problemas en la piel, se quedó en la orilla mientras yo entré. Estaba practicando mi nado cuando decidí retroceder un poco: en ese instante, caí en un área profunda. Intenté nadar hacia adelante pero la corriente no me lo permitía, así que con todas mis fuerzas grité a mi madre que me estaba ahogando. ¡No me escuchaba! En vez de eso, alzó la mano pensando que estaba bien. ¡Grave error! Había pasado como un minuto y me estaba quedando sin fuerzas, sumergido dentro del agua sin poder sacar la cabeza ni respirar. Finalmente, mi mamá, al ver que no aparecía, gritó pidiendo ayuda.

Dos jóvenes que estaban a punto de darse un clavado me habían visto y debatían sobre si me estaba ahogando o no, pero cuando mi mamá gritó, ambos se lanzaron para rescatarme. Me agarraron de la cintura y me llevaron a la orilla.

Yo todavía estaba consciente, pero muy asustado por lo sucedido. Podría decir que regresé de la muerte. Quizás para muchos niños que han pasado por esto sería algo traumático, pero



para mí quedó en un susto, nada más. Mi mamá, con palabras precisas de aliento, me hizo comprender que no debía agobiarme por aquel suceso; al contrario, me animó a volver al agua.

Después de tranquilizarme, mi mamá y yo agradecimos a los dos jóvenes por ayudarnos. Ese acontecimiento me dio una lección: no debo confiarme de las aguas mansas, y jamás debo darme por vencido.




VERÓNICA PAULINA BASANTES
nació en Riobamba, Chimborazo, en 1982. Trabaja en Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Segundo Jacobo Yépez Tocto. Su actividad favorita es leer.

Memorias inolvidables de mi niñez

Tengo guardados en mi mente y en mi corazón muchos recuerdos que a pesar del tiempo no han perdido su importancia. A veces cierro los ojos o miro al infinito y revivo esos instantes de mi niñez.



Para que mi historia tenga sentido, empezaré diciendo que soy hija de padres profesores y que tengo un hermano mayor llamado Marco y una hermana menor llamada María de los Ángeles. En aquel tiempo, cuando yo tenía unos cuatro años, debía quedarme todos los días en casa de mis abuelitos. Ellos vivían en Calpi, una parroquia algo alejada de la ciudad de Riobamba.

Como mis padres trabajaban muy lejos, mi hermano mayor y yo —la menor no existía en ese entonces— debíamos madrugar. Tipo cinco de la mañana, mi madre emprendía el viaje a una comunidad cuyo nombre no recuerdo; lo único que me viene a la mente es que llevaba sus botas en un bolso y siempre iba bien abrigada, porque para ingresar a la escuelita donde trabajaba tenía a veces que caminar en el lodo y otras a caballo o burro. Mi padre tomaba el bus llamado Trasandina y se dirigía a su escuelita en Panza Redonda. En contadas ocasiones fui con

él, pero por lo general era mi mamá quien se encargaba de dejarme en Calpi.

Alrededor de las cinco y media, mi abuelito Ángel, un hombre con una barba blanca y hermosos ojos azules, oriundo de la provincia de Bolívar, me esperaba en la parada del bus, cobijado con un poncho grande de color amarillo y rayas negras. Al principio no me solía gustar quedarme allí porque me parecía más divertido acompañar a mi mamá a su trabajo e ir a caballo, pero aunque fuera a la fuerza me tocaba. Mi abuelito Ángel me abrigaba en su poncho y lidiaba con mi llanto hasta llegar a la casa, que quedaba cerquita de la parada de bus. Por otro lado, mi hermano mayor ya solía irse solo a su escuela, en el barrio donde vivíamos.

Mi abuelita Juana, de cabellera bien larga, me esperaba en la cama calentita y yo llegaba llorando a acostarme junto a ella. Mi abuelito, que era tan cariñoso, se recostaba y me decía lo importante que era el trabajo de mi mami, que yo no debía llorar y que debía quedarme para acompañarlos e ir al terreno con los peones. Entre sus palabras y el calor de las cobijas me quedaba dormida, y allí me dejaban mientras ellos emprendían sus labores en la vida del pueblo.

Cuando despertaba, sabía que debía abrir la ventana del cuarto, una ventana bien chiquita por la que apenas salía mi cabeza, y gritar durísimo a mi abuelita, que estaba en la chacra. Al escucharme, de un solo salto iba a abrirme la puerta del cuarto y me llevaba a la cocina, donde me recibía el olor de la leña. Allí ya estaba la leche calentita que mi abuelito traía recién sacada de la vaca de un amigo.

Mi desayuno eran los huevos de las gallinas más gordas y el queso que la abuelita compraba en la tienda. Solía tener ya una taza y un plato destinados para mí, y quienes llegaban a la casa a visitar sabían que no debían utilizarlos.

Ya cuando el sol empezaba a brillar en el patio de la casa debíamos apurarnos para alimentar a las gallinas con el maíz amarillo y poner agua limpia en sus platos. Las jaulas de los cuyes eran emocionantes. Los había pequeñitos, siempre tras su mamá; allí poníamos la hierba que se cosechaba del terreno. De vez en cuando criaban un chancho, pero no era muy agradable para mí acercarme al corral, porque me daba miedo.

Después de estas labores, tomábamos las cosas —sin olvidar por nada la hoz y las sogas, las semillas y los utensilios de cocina—, y junto con los peones contratados en la calle salíamos de la casa y caminábamos por el chaquiñán hacia el "terreno de abajo", como solía llamarlo mi abuelita.

Ya en el terreno, los peones empezaban a trabajar la tierra mientras con mi abuelita armábamos una improvisada cocina de leña, encendíamos el fuego y parábamos las ollas para cocinar para todos quienes estábamos allí, bajo la sombra del árbol más grande de capulí. Cuando era hora del almuerzo, nos sentábamos alrededor de las ollas y mi abuelita servía la comida bien caliente.

De regreso a casa, luego de apagar la fogata, los peones cargaban grandes montones de hierba para los animales y yo, con una pequeña soga, también lo hacía. Recuerdo que no pesaba nada, pero también hacía las paradas para descansar, igual que ellos. Ya en la casa, los peones recibían su pago y un refrigerio.

Yo era conocida por la gente del pueblo, que no me llamaba por mi nombre, sino que más bien me decía "guagua Rosita", dado lo mucho que me parecía a mi mami. Ahora me parece gracioso.

Como a las tres de la tarde, mi abuelita sacaba una hermosa caja de metal que antes había sido de galletas pero en la que ahora guardaba pequeñas perlas de colores, alambres y pinzas con los que elaboraba unos hermosos aretes que vendía el sábado en la

feria de La Condamine. Recuerdo que una vez olvidamos la caja en el patio y una gallina se comió las pequeñas piezas en forma de rombo. Mi abuelita, nada nerviosa, la operó. Sí, así como lo oyen: le partió el buche con el cuchillo de la cocina, sacó los rombos y la cosió con aguja e hilo blanco como si fuera una media.

Mi abuelito también tenía su labor: solía elaborar aciales para el ganado. Eran unos palos de chonta cubiertos de un metal como lata. De color dorado, brillaban como el sol, y en la punta tenían, en cobre, la cabeza de un animal, que por lo general era un gallo. Él fundía las cabezas y las argollas de diferentes tamaños en unos moldes que tenían una tierra especial de color rosado. Eso se cocinaba en un horno al que estaba prohibido acercarse; solo él podía hacerlo.

De vez en cuando llegaban a la casa unos señores bien grandes y gordos, con ponchos de colores. Ellos eran los caporales o hacendados que pedían los aciales. En una hoja pegada en la pared del taller, mi abuelito anotaba el abono, el saldo y las características del trabajo que requerían. Algunos eran muy generosos y otros, muy bravos. A veces traían una vara de algún árbol especial y pedían que con ella elaboraran su acial.

Más tarde, por lo general antes de anochecer, mi mamá llegaba de su trabajo y pasaba por mí rumbo a Riobamba, pero había días en los que por algún motivo que hasta ahora no conozco —supongo que por las labores docentes de mis padres—, me dejaban a dormir en casa de los abuelos y pasaban a recogerme al día siguiente. Había semanas que terminaba quedándome dos y hasta tres días seguidos.

Cuando me quedaba, en la noche subíamos al cuarto de dormir luego de comer la merienda, que generalmente era sopa de fideo con bastante perejil y colada de plátano hecha con lechuga. Mi abuelita decía que era buena para un buen descanso. Así seguía

día tras día, a veces con las mismas actividades y a veces con otras.

Esto se hizo ya costumbre en mí, y al ingresar a la vida estudiantil solía extrañar a mis abuelitos y la vida en el campo, así que al llegar las vacaciones lo primero que hacía era mis maletas y les pedía a mis padres que me llevaran allí. Pasaba con ellos mis mejores vacaciones sin extrañar mi casa, porque tenía todo lo que quería y disfrutaba de cada momento junto a ellos.

Hoy sigo visitando el pueblo. A pesar de que mis abuelos ya murieron y de que la casa fue vendida, me gusta caminar por las calles donde salíamos a pasear. Además, siempre visito sus tumbas y siento que ellos saben lo mucho que los extraño.

JENNY ESTHER YANCE
trabaja en la Unidad Educativa Eugenio Espejo.

Un héroe llamado Heleatro

La noche era larga; interminable, se diría. Entre las luces tenues de la amplia sala y el silencio profundo, se escuchaba uno que otro sollozo, intermitente, eventual. Ahí, entre los once que quedaban, los que en realidad sentían la unción de su dolor, acompañando a aquel a quien todavía le decían "papá", estaba ella, Nenita, soltando sus lágrimas, sin ruido, acurrucada en un sillón, arrellanándose en sus



recuerdos. Sintió que los años pasados tiraban de su memoria y la llevaban de una escapada a su infancia.

En la retrospectiva de su vida, Nenita estaba en la finca familiar, un hermoso sitio donde naranjas, mangos, aguacates, guayabas, mandarinas, zapotes y muchas otras frutas eran su delicia. Recorrían los cafetales, se bañaban en el estero, corrían por las lomas y bebían la leche recién ordeñada, "directamente de la teta al vaso", como decía uno de sus hermanos. Cada vacación de la escuela era una nueva aventura para ella. Pero ¿quién había construido ese paraíso que disfrutaba la familia? Heleatro, su padre, conocido en todo el recinto como "don Helio".

Heleatro era de mediana estatura, tez morena y mirada profunda. Dueño de mucho vigor, se dedicaba a trabajar el campo, de donde obtenía el sustento para Nenita y los demás miembros de su familia. En las noches, don Helio se transformaba del

hombre vigoroso y recio en un divertido contador de historias. A su alrededor se congregaban todos, Nenita, sus hermanos y su madre, deseosos de escuchar esos extraordinarios cuentos llenos de fantasía, de reyes y princesas, de brujas y fantasmas, de hombres increíbles que peleaban con seres sobrenaturales. Esos relatos eran la distracción de los vacacionantes, noche a noche, mientras saboreaban las tortas de choclo y el agua de hierbaluisa. La luz de los candiles alumbraba los rostros impresionados por las fantasías contadas. Los relatos de Heleatro poblaban la imaginación de la familia.

Eran las dos de la madrugada y, como el dolor no daba cabida al sueño, Nenita siguió recordando a Heleatro. Ahora pensó en su valentía. Parecía que este hombre a nada le temía: enfrentaba a una gran culebra en medio de sus cafetales lo mismo que a un delincuente con cuchillo en mano, una vez que lo quisieron asaltar en el portal de su casa. Nunca le tembló la voz para defender sus derechos frente a quien fuera, ni tampoco el puño para proteger a su familia de la violencia ajena. Y los recuerdos continuaron y continuaron.

Es increíble cómo en ese momento Nenita descubrió que Heleatro, su padre, era su héroe. Lamentablemente nunca pudo decírselo, lamentablemente siempre calló, porque, como a muchos les ocurre, creyó que las vivencias junto a él eran parte de la cotidianidad.

Nenita, como él la llamaba siempre, aun cuando ella ya tuviera treinta y nueve años, valoró recién allí que su padre la cargara en su espalda para que no mojara sus pies, o que la llevara de la mano a recorrer las barracas de la fiesta patronal, o que le comprara juguetitos para Navidad. Nenita comprendió recién allí el gran amor de su padre y el optimismo que transmitía. Porque Heleatro no era solo un hombre que inventaba cuentos para distraer a

su familia; había construido un camino para que sus hijos lo siguieran.

El tiempo había transcurrido lentamente, ya casi amanecía. Nenita lloró desconsoladamente al desprenderse de sus recuerdos y volver a su realidad. Su héroe recién descubierto ya no existía. Se levantó de su sillón y se dirigió al centro de la sala, donde estaba el ataúd. Tras ella, fueron los diez restantes a observar en el profundo y eterno sueño a don Helio, al héroe llamado Heleatro.




ANNDY JAVIER LARA nació en Ibarra, Imbabura, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Imbaya. Su actividad favorita es el fútbol.

El abandono

Yo nací el 5 de agosto del 2000 a las tres y cuarto de la mañana. Según me cuenta mi padre, a los pocos días que nací, mi madre se fue muy lejos y me dejó solo en casa mientras él, que es chofer, se iba a trabajar.

Al otro día, cuando mi padre regresó, me encontró llorando del hambre. No sabía qué darme ni qué hacer. Desesperado, me llevó a casa de mis abuelitos, pero ellos no estaban: habían ido a Quito a cuidar a mi tía, que había sufrido un accidente. Mi papá se desesperó aún más, hasta que otra de mis tías decidió ayudarnos y hacerse cargo de mí.



A los tres días, mi abuelita llegó a la casa. Mi tía lloraba de dolor y le decía a mi papi que se tranquilizara, que ella iba a ser mi madre. Cuando me llevaron al doctor, este dijo que tenía un daño en mi pierna. Mi abuelita y mi abuelito decidieron curarme y desde entonces vivo con ellos y con mi padre.

Mi madre nunca volvió a buscarme. No me importa, porque soy feliz, aunque me dejó tirado como a un perro.




WILSON EDUARDO VELOZO
nació en Machachi, Pichincha, en 1976. Actualmente es obrero. Su hija Danna Velozo estudia en la Unidad Educativa José Mejía Lequerica.

Arbolito de capulí

Recuerdo que cuando tenía ocho años, mi abuelita nos visitaba una vez por mes. Venía a ayudar a mi mami a lavar la ropa, y como era tan cariñosa, nos contaba historias; a veces nos las creíamos y nos daban miedo.

Pero más recuerdo lo que me sucedió a mí aquel verano. En mi casa había dos árboles de capulí: uno muy alto y otro mediano. Una mañana como cualquiera, mis primos, mi hermano y yo, inquietos, decidimos subirnos al árbol mediano. A pesar del miedo a caernos, muy pronto solíamos estar paladeando aquellos



capulíes cuyo sabor nunca olvidaré. Por vivir en el campo, teníamos la bendición de Dios: nuestras pequeñas golosinas, como decíamos todos.

Pero volviendo a mi historia, recuerdo que había una parte muy peligrosa del árbol: allí se encontraban los capulíes más grandes y sabrosos. Ese día, tratando de alcanzarlos, di un paso firme y me sostuve con la mano derecha de una rama superior. Sin embargo, al dar mi segundo paso, de pronto pisé mal. Mi reacción fue agarrarme fuertemente de la rama con la mano izquierda, y al instante quedé colgado.

Era gracioso y a la vez muy penoso, ya que era un niño de baja estatura. Recuerdo que lloré y grité agudamente, tanto que de inmediato mi abuelita se dio cuenta y vino corriendo. El árbol tenía casi tres metros de altura, no era cualquier cosa. Mi abuelita se puso abajo y, preocupada, se alzó el mandil y gritó:

—Cae aquí, hijito, aquí, aquí, cae.

Recuerdo que ya no pude más y me solté de la rama, pero con tanta mala suerte que caí a un lado de mi abuelita, en el suelo, donde mi mamá había sembrado unas cebollas. Ahora con grato placer y nostalgia recuerdo sus palabras: “Cae aquí, hijito…”. Ese tipo de recuerdos siempre queda en el corazón.



MARÍA MAGDALENA JAQUE vive en Ambato, Tungurahua. Está vinculada con la Unidad Educativa Ambato.

Mi ángel de la guarda

Cuando ocurrió el terremoto del 49, yo era una niña de seis años. Me acuerdo que vestía una falda larga morada y una blusa blanca, y que tenía un cabello largo, negro, con trenzas. Recuerdo también que estaba en el patio de mi casa, al lado de una pared de piedra pishilata[1], jugando con una muñeca de trapo que me había regalado mi madrina un día que vino de visita.

1 Especie de roca ancestral muy resistente al agua.



De repente, la tierra empezó a moverse, a temblar. Se empezaron a escuchar los gritos desesperados de la gente. Caían cosas que azotaban el suelo. Allí me quedé paralizada, no sabía qué hacer. Mi mamá me avanzó a ver y gritó:

—¡Maríaaaaaa!

Y cuando alcé a ver, nuestra casita se balanceaba de lado a lado, y mi mamita desesperada gritaba:

—¡Ven, mijita! ¡Ven, corre! —Estaba asustada pero mantenía la fuerza que siempre la caracterizó.

En ese momento me levanté y corrí. Cuando estaba ya por la mitad del patio, la pared en la que estaba jugando cayó e hizo temblar aún más la tierra. Creí que sería el fin, que no volvería a ver a mis padres ni a mis hermanos, y que Dios nuestro Señor había escrito mi destino, que sería estar junto a Él. Pero al abrazar a mi mamita sentí que no estaba en peligro.

Sus brazos me llenaron de coraje y corrimos hacia la calle. En mi mente de seis años pensé: "¡Me salvé! Me salvé de que me aplastara la enorme pared que estaba hecha de esas piedras grandes y duras". Ahora me pongo a pensar que si mi mamá no hubiese estado allí y no me hubiese dado aquella orden, yo habría muerto al primer golpe de una pishilata.




JENNIFER FERNANDA INTRIAGO
nació en San Sebastián, Manabí, en 1998. Estudia en la Unidad Educativa Unidad Popular.

Una misión muy importante

Yo soy Jennifer Fernanda Intriago Pacheco, originaria de San Sebastián, provincia de Manabí. Nací cuando el calendario marcó el 8 de junio de 1998 y, según cuenta mi mamá, fui una niña linda y muy esperada. Ese día me recibieron con mucha alegría mis hermanos mayores; desbordaban felicidad al tenerme como su nueva hermanita.



Transcurrieron los días, las semanas, los meses… Todo era gozo para la familia, pero de repente a los ocho meses me enfermé, y desesperadamente me llevaron al doctor.

Mis padres, muy aturdidos —pues el doctor no acertaba con mi enfermedad—, me llevaron al Hospital Sagrado Corazón de Jesús, del cantón Quevedo. En esa casa de salud tampoco pudieron hacer que mejorara, y me trasladaron a la ciudad de Guayaquil, al Hospital del Niño Dr. Francisco Icaza Bustamante.

Una vez allí me realizaron varios estudios para saber qué tenía, y los médicos me diagnosticaron hepatitis. Quedé internada por un mes, y durante ese tiempo me siguieron realizando exámenes, porque notaban que algo en mí no estaba bien. Fue así como supieron que tenía anemia depranocítica. Entonces, del área de infectología me pasaron a la de hematología, y allí permanecí varios días bajo el cuidado de los doctores y de mis amorosos padres, hasta que recibí el alta.

Regresamos a casa. Yo tenía que ir cada mes a los controles con la hematóloga, ya que debía seguir un tratamiento, pero, como mis padres no tenían los recursos económicos necesarios, me llevaban solo cuando me ponía grave, y por eso cada vez me tenían que internar y hacerme transfusiones. En posteriores análisis también me detectaron insuficiencia renal, y esto complicó más mi enfermedad.

A los seis años me matricularon en la primaria, pero iba cuando podía, porque como vivía en el campo, la escuela quedaba muy lejos y por mi enfermedad me cansaba mucho. La hematóloga les había dicho a mis padres que debía evitar el frío y no participar en juegos en los que me pudiera golpear, para no poner en riesgo el único riñón que me quedaba.

Como ya era más consciente de mi enfermedad, continúe estudiando y seguía las recomendaciones. Mis amigas me invitaban a jugar, pero yo, aunque no fueran juegos bruscos, prefería no hacerlo para no enfermarme. Me sentía muy mal por no poder vivir como los demás. "¿Por qué no puedo ser normal?", me preguntaba. "¿Será que mi padre Dios me tiene preparado algo mejor?". Y aunque mis padres me explicaban siempre la razón, yo no entendía, y siempre me hacía las mismas preguntas.

Los años pasaron y por mis buenas calificaciones logré ser abanderada en la escuela. Cuando terminé séptimo año quise continuar estudiando, pero mi papá no me dejó, porque el colegio quedaba aún más lejos que la escuela: tomaba una hora llegar, y había que caminar todo el trayecto porque en ese tiempo no había transporte. Mi hermano mayor, en cambio, sí fue al colegio, y logró graduarse. Con su título de bachiller, empezó a buscar un trabajo estable para ayudarnos, ya que se gastaba mucho dinero en mi tratamiento.

Mi familia en un momento decidió que sería mejor que fuéramos a vivir a Quevedo. Como yo deseaba con todas mis

fuerzas poder estudiar, se lo comenté a mis padres, y ellos me apoyaron: decidieron matricularme en el Programa de Ciclo Básico Acelerado. ¡Me puse muy feliz! Finalmente, conseguí estudiar tres años en uno. Fue una ventaja y una gran bendición para cumplir mis objetivos.

Cuando concluyó el año de estudios, me matriculé en el colegio y continué estudiando con mucho afán. Al principio casi no tenía amigos, pues desde pequeña nunca me relacioné fácilmente. Creo que en el colegio me limitaba, y por eso pasaba sola. Por suerte, aquello quedó atrás, y ahora soy más activa y amigable.

Aún continúo con mi tratamiento. Sigo teniendo complicaciones en mi salud y debo hacerme las transfusiones. Mi hematóloga nos ha dicho que un trasplante de médula sería lo mejor. Hay momentos en que me deprimo mucho, porque a veces no tenemos dinero debido a lo costoso que es mi tratamiento. Me siento triste, pero luego reflexiono y me digo: "Si Dios me tiene aún con vida es porque quiere que cumpla alguna misión muy importante". Dios es mi fortaleza. Lo siento como un buen amigo, y eso es un motivo más para seguir adelante con mi vida.




ALEJANDRA VICTORIA MÉNDEZ
nació en Atuntaqui, Imbabura, en 1986. Trabaja en la Unidad Educativa Cotacachi. Sus actividades favoritas son leer, compartir momentos agradables con su familia, viajar y jugar con sus hijos Alejandro e Ismael Barrera, junto con su esposo Guillermo Barrera.

Una esperanza de vida

Esta historia se desarrolla en la provincia de Imbabura, en 1936, en un pueblo llamado Domingo Sabio. Allí vivía una familia de escasos recursos compuesta por María, Elías y sus tres hijos. La única mujer, llamada Virginia, era una joven de pelo largo y ondulado, con ojos negros como el capulí y una figura que atraía las miradas de todos los muchachos del barrio.



Una mañana de abril, Virginia se dirigió a comprar en una tienda del barrio, alegre y sonriente pese a la pobreza y a las necesidades. Allí estaba un chico de ojos azules, Antonio, que captó la atención de Virginia. Fue un flechazo mutuo de amor.

Entablaron una relación y un año después, los padres de Antonio se enteraron de que su hijo pensaba casarse a escondidas. Una vez que averiguaron quién era Virginia, no les gustó que procediera de una familia humilde, sin dinero.

El 7 de agosto, con engaños, los padres de Antonio lo mandaron al cuartel, y no pudo informárselo a su amada. Desde la ciudad de Guayaquil, a donde lo habían enviado, Antonio escribía cartas para sus ojos de capulí, pero ella jamás las recibió; sus padres no se las entregaban.

Lastimosamente, la que más sufrió fue Virginia: se sentía rara, con sueño, vómitos y antojos. La noche del 15 de marzo,

finalmente, descubrió que estaba embarazada, pero sentía que no podía contárselo a sus padres.

Sin embargo, después de meses de llanto y sufrimiento, Virginia enfermó y tuvieron que llevarla al hospital. Fue ahí cuando el doctor informó a los padres que la joven estaba embarazada de 37 semanas; inmediatamente entró en proceso de parto.

El 16 de diciembre, Virginia les confesó quién era el padre de su ya nacida hija. Sabiendo la verdad, María y Elías fueron a informar a los padres de Antonio que eran abuelos y a pedirles que por favor los ayudaran con la manutención de la pequeña nieta. Pero el rechazo por su condición de pobreza fue más fuerte, y negaron todo vínculo de consanguinidad.

Tras ver su reacción, los padres de Virginia decidieron ayudarla a criar a la niña, que se llamó Blanca Esperanza por el amor puro que había tenido hacia Antonio, y con la esperanza de que él regresara algún día y formaran una familia.

Virginia comenzó a trabajar hilando cabuya para hacer alpargatas, pero lo poco que le pagaban no le alcanzaba para pañales, ropa y alimentación. Como la niña estaba por cumplir un año, los gastos eran muy altos. Había días que no comían porque Esperancita enfermaba y el dinero no alcanzaba al mismo tiempo para las medicinas y el alimento.

Por el sufrimiento, los problemas y el rechazo que recibía de los abuelos paternos de la beba, Virginia comenzó a tener severos dolores de cabeza y murió de un derrame cerebral cuando Esperancita tenía un año y medio. La niña, entonces, se crio con sus abuelos en la extrema pobreza, pues eran de edad avanzada y lo poco que ganaba Elías vendiendo alpargatas no le alcanzaba para el hogar.

Entonces corrió el rumor de que Antonio había vuelto al pueblo. Al escucharlo, el abuelito de Esperancita fue a buscarlo para

conversar con él. Con mucho recelo le reveló que Virginia había muerto y que tenía una hija. Antonio, en pánico tras enterarse de la muerte de sus ojos de capulí, el eterno amor de su vida, negó rotundamente el apoyo a Esperancita, pues pensaba que por su culpa Virginia había muerto.

Después de algunos años, no obstante, Antonio conoció brevemente a la niña. Debía operarse del estómago y quería que Esperancita le recibiera la bendición. Antonio se fue a operar, pero quedó en la mesa de operaciones.

Luego de lo ocurrido, Elías le planteó a María la posibilidad de que su nieta, ya de siete años, se criara con una pareja más estable económicamente; él conocía a las personas adecuadas. María, con los ojos llenos de lágrimas, aceptó su petición.

Al enterarse de la decisión de los abuelitos, la niña se enojó: ¡la iban a regalar! Recogió lo poco que tenía y, llorando, se dirigió a su nuevo hogar, el de Alejandro y Victoria, y prometió que nunca más volvería donde Elías y María.

Con sus nuevos padres comenzó a ir a la escuela, a ayudar en los quehaceres domésticos, y recibió cariño, valores y buenas costumbres junto a otro niño que también estaba criándose allí y que venía de las mismas condiciones que ella.

A sus 82 años, Esperancita todavía recuerda su sufrimiento, pero a pesar de las adversidades formó un hogar. A su hija le dio el nombre de su madre, Virginia, además de todo el amor que ella tanto había anhelado en su niñez. ¡Ningún niño se merece semejante dolor!

EDGAR ORDOÑEZ
nació en Yanzatsa, Zamora Chinchipe, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San José. Su actividad favorita es escuchar música.

Ovejas negras pintadas de blanco

Era un día normal como cualquier otro, hasta que mi vida y la de mis familiares cambiaron por completo. Hacía un mes que sabíamos lo que pasaba y nadie decía nada: queríamos salir adelante, pero no pudimos. El 18 de agosto nos marcó.

Todo arrancó cuando mi padre comenzó a sentirse mal; decía que siempre estaba cansado y que le dolían la espalda y el



estómago, pero nunca le dio la importancia suficiente como para ir al doctor. En muchos momentos sentíamos que su dolencia era una bomba que tarde o temprano iba a explotar.

Día tras día comíamos y nos sentábamos juntos delante del televisor, viendo *El chavo del Ocho*, nuestro programa favorito, pero cada vez que mi padre se reía se le notaba la angustia que lo consumía, y al verlo nos dolía en el corazón. Solíamos salir a cenar a eso de las diez de la noche, y nunca imaginamos que aquello era la "pólvora de la bomba": las comidas recalentadas o mal hechas.

Después de mucho tiempo nos dignamos a ir al doctor. Tras una pequeña conversación, nos pidió que saliéramos del consultorio y se quedó solo con mi mamá y mi padre. Surgieron a los veinte minutos e inmediatamente se me quitó la sonrisa de la cara: mis padres derramaban lágrimas.

—¡¿Qué pasa?! —pregunté, y me respondieron que todo estaba bien.

Sin embargo, no me quedé tranquilo: seguí insistiendo para poder saber qué ocurría.

—Tiene una enfermedad que le provoca el dolor de estómago y el cansancio —dijo mi madre. Yo ingenuamente le creí, pero con el pasar de los días veía que cada vez estaba peor.

Una madrugada lo llevaron al hospital. Cuando lo fuimos a ver, estaba echado en una camilla.

—Cálmate —me dijo—, no pasa nada.

Una vez en casa, antes de irme a acostar, alcancé a ver a mi padre al pie de mi cama, arrodillado. Caminaba lentamente hacia él hasta que vi entrar a mi madre; me detuve enseguida.

—Mi Fransito…, mi fransito… —le decía mientras le acariciaba la cabeza. Lloraban los dos.

En la noche salimos de urgencia al lugar natal de mi padre. Ante mi pregunta de por qué íbamos, mi mamá contestó:

—Tu papá tiene cáncer terminal.

Yo no sabía qué decir. Pensé que era mentira hasta que un día estaba paseando por un parque con mi primo cuando de la nada sentí un escalofrío. Un chico venía hacia nosotros:

—Oye, ¿es cierto que murió el papá de Frans? —le preguntó como en secreto a mi primo, pero yo lo escuché.

Yo me quedé pensando, porque en la mañana lo había visto y estaba “bien”.

—Está en una clínica —dijo el chico, y cuando le preguntamos en cuál, nos mostró la que estaba enfrente del parque.

Caminamos rápidamente. Yo pensaba que era una broma de mal gusto, pero al llegar a la clínica vi a mi tía, que me dijo:

—Sube nomás, está arriba.

Encontré a mi padre en una camilla con los ojos cerrados. Pensé que estaba dormido hasta que alguien me dio el pésame:

—Lo siento, tu padre falleció.

Al instante quedé en *shock*, no sentía nada, nada de nada. Cuando pasó, comencé a llorar profundamente, tanto que me arrimé a una pared, pues sentía que las piernas no me sostenían. Al rato llegaron mis hermanos y lloramos todos juntos.

Después de su entierro nos sentimos vacíos, pero pronto mis hermanos se llenaron de odio hacia mi madre y hacia mí. Nos querían quitar la casa, a pesar de que mi padre ya había dejado repartido lo que era de cada quien: a ellos les había tocado la finca de cien hectáreas, y a mi madre, la casa.

Sin embargo, no se sintieron conformes. Querían ir a juicio, porque sabían —y mi madre también— que en ese caso automáticamente se llevarían con ellos los papeles de la casa y, además, la finca. Prácticamente sería dejarnos en la calle, con una mano adelante y otra atrás.

Hoy ya no me dicen "Fransito", solo "Frans", y a veces ni caso: como si yo fuera algo pintado en la pared. A pesar todo estoy aquí, afrontando mi vida a pesar de que, aun después de tres años de la muerte de mi padre, sigan insistiendo en el juicio. De seguro seguirán hasta que yo sea mayor de edad.




LUIS CLAUDIO PILATÁSIG
estudia en la Escuela de Educación Básica para Personas con Escolaridad Inconclusa 18 de Octubre.

Historia de un accidente

Mi historia es de la vida real, algo que me sucedió por dejarme llevar por las malas amistades y por consumir alcohol. Mi nombre es Luis Claudio Pilatásig Guangaje, y soy un joven de veinticinco años. Estoy casado y tengo dos hijos. Nací en el cantón Sigchos y por motivos de trabajo emigré a Saquisilí.

Allí vivía en un pequeño cuarto sin comodidades con mi hijo y mi esposa. Me sentía muy mal por ver sufrir a mi familia,



inclusive quería morirme por no haber orientado mi camino de la manera correcta.

Yo era un muchacho muy alegre y lleno de sueños para la vida hasta que tuve un accidente. No recuerdo mucho lo que pasó. Trabajaba como controlador de un bus cuando, por hacer caso a mis amigos, salí a beber. En un punto de la noche me dejaron solo, y después recuerdo que no pude dirigirme a mi casa. Perdido, llegué a un sector del barrio La Libertad; ahí me encontraron inconsciente en una quebrada. Pasé días en el hospital hasta que lamentablemente me informaron que no volvería a caminar, por una fractura en mi columna.

Pensé que la vida se me acabaría, pero tuve el apoyo de mi familia y de instituciones cuyas licenciadas visitaban a las personas con discapacidad. Ellas me ayudaron a salir adelante con un pequeño negocio de venta de legumbres.

Desde entonces, todo ha cambiado. Ahora sigo mejorando mi calidad de vida: estoy estudiando y lograré cumplir mis sueños. A pesar de las dificultades que tengamos, siempre hay alguien que nos extiende la mano. Voy a ser una persona útil para la sociedad y un ejemplo para mis hijos y mi familia. Nunca me daré por vencido. Soy un triunfador y estoy vivo.




ISELA TATIANA SALINAS
vive en Santa Elena, Santa Elena. Está vinculada con la Escuela de Educación Básica Albert Einstein.

Un médico muy desconfiado

Era el mes de abril del 2014 y yo contaba las últimas semanas de mi embarazo. Ángel, mi esposo, y yo habíamos visitado algunas casas de salud privadas por si se llegaba a presentar una emergencia. Queríamos evitar que nuestro bebé y yo corriéramos algún peligro si nos topábamos con un caso de negligencia por parte de los médicos en el hospital público donde me hacía los controles prenatales. Al final, nuestra preocupación, o "exageración" como decían muchos, no fue en vano.

El sábado 26, muy por la mañana, después de un diario peregrinar, salía con mi esposo del hospital después del último intento para que me agendaran la cesárea que necesitaba por cierta condición médica. Además, ya pasaba las cuarenta semanas de gestación y mi bebé reaccionaba poco a los estímulos. Al no obtener la ayuda de los galenos, nos retiramos a casa, ya que Ángel debía prepararse para asistir al último día de clases de un seminario que debió tomar por asuntos laborales, cuya asistencia era obligatoria. De todas formas, habló con mi mamá para que me acompañara a una clínica que él había considerado la mejor opción y me valoraran para conocer si necesitaba la operación inmediatamente o no, hasta que él pudiera salir de clases en algún receso, si se daba una emergencia.

Así, llegué a la clínica acompañada de mi madre y un doctor me indicó que necesitaba la operación de suma urgencia. En menos de una hora, todo el equipo de cirugía estaba listo, a pesar de ser fin de semana, y me llevaron al quirófano. Fue muy rápido, pero aun así pude enviarle unos mensajes a mi esposo, que en ese instante no podía contestar el teléfono ni mucho menos salir.

Al mediodía, Ángel llegó a la clínica —por suerte, sus clases eran cerca— y mi mamá le contó con mayor detalle lo que había sucedido. Ángel quedó solo en la sala de espera, pues mi mamá, que era viuda y no tenía quien la asistiera, debía conseguir algunas cosas que le hacían falta. Él insistía en acompañarla, pero ella no lo permitió. En cualquier momento nacería mi niña y no habría quien la recibiera.

Después de una hora en la sala de recuperación, escuché el llanto de mi bebé. Luego de descartar cualquier problema, una enfermera la llevó hasta donde me encontraba para conocerla, y me informó que se la entregaría a su papá, que estaba esperándola.

No transcurrió ni un minuto, cuando el mismo médico que me había recibido entró como loco, desesperado y con cara de



espanto para preguntarme cómo se llamaba mi esposo. Antes de que pudiera hablar, escuché a la enfermera desde el pasillo gritar con fuerza:

—¡Doctor, deje en paz a la paciente, que sí es el papá de la niña!

Yo trataba de no reír, pues estaba muy adolorida. Esta situación ocurrió posiblemente porque Ángel es veinte años mayor que yo.




KARLA MARISOL SUÁREZ
nació en El Dorado de Cascales, Sucumbíos, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cascales. Su actividad favorita es jugar básquet.

El sexto sentido de una madre

Esta historia sucedió en el mes de junio del 2009, temporada del año en que los días son más calurosos. Mi padre en aquellos tiempos trabajaba en el área de agua potable del GAD (Gobierno Autónomo Descentralizado) de Cascales, y aquel día, como de costumbre, se dirigió a la estación de bombeo que provee agua a la localidad, que está ubicada junto al río.

A eso de las nueve de la mañana, mi madre recibió una



llamada: mi papá necesitaba que le llevara su cámara fotográfica, ya que era de suma importancia para que realizara los informes de su trabajo. Sin embargo, mi madre se encontraba en cama con fiebre y gripe; se podía observar el sudor bajando como gotas de lluvia por su frente. Eso, más el sol abrasador que había en ese momento, le hacían imposible salir de casa, así que me pidió que fuera yo. Para que lo hiciera más rápidamente, me pidió que me trasladara en la bicicleta, no sin antes aconsejarme que fuera lentamente al ingreso de la estación de bombeo, pues allí había una pendiente muy peligrosa. Ante este comentario, en actitud burlona, le respondí:

—Mami, yo soy profesional. —Y sin decir más me fui.

Al llegar al punto comentado por mi madre surgieron muchas inquietudes en mi cabeza: "Si dejo la bicicleta aquí, me la pueden robar. No me pasará nada si bajo la cuesta; no parece tan peligrosa

como dijo mamá". Posiblemente por comodidad empecé a descender, pero a cada centímetro la velocidad de mi bicicleta aumentaba considerablemente. Mi intuición en primera instancia fue frenar y reducir la rapidez, acción totalmente inútil; más bien fue todo lo opuesto, lo que me dio mucho miedo. Empecé a sentir el viento, que alzaba mis dos trenzas como el rabo de una cometa; asimismo, por su zumbido, me impedía escuchar a las aves que habitan en aquel sector. Mi bicicleta empezó a moverse como queriendo desestabilizarse, pero mi agilidad no lo permitió. En ese instante, miles de ideas cruzaron por mi mente; en conclusión, me imaginé un fatal desenlace. En ese punto, vi que iba en dirección a un barranco que terminaba en el río. Para evitarlo, me lancé de la bicicleta antes de morir ahogada, puesto que solo tenía siete años y no sabía nadar muy bien.

Después de eso, lo único que recuerdo son los gritos de los compañeros de mi padre:

—¡Don Carlos, parece que su niña se cayó!

A toda prisa, corrieron hacia mí para socorrerme. Me colocaron jabón azul e inmediatamente me subieron a la moto de la municipalidad, con la que me llevaron hasta la botica del doctor Eras, quien me revisó y me dio medicamentos. Cuando llegué a casa me imaginé que vería a mi madre muy molesta por haberle desobedecido, pero más que nada estaba preocupada por los golpes que tenía en mi cabeza, así que me sacaron una cita en el Seguro para determinar que no existieran heridas internas.

Gracias a la bendición de Dios, no he tenido secuelas del accidente hasta el momento, pero si puedo recalcar algo es que de los golpes de la vida se aprende. Esto me sirvió para saber que las madres tienen un sexto sentido: un presentimiento de las malas situaciones que pueden ocurrirte.




ABIGAIL ANAHÍ CADENA
nació en Machachi, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Mejía Lequerica. Su actividad favorita es jugar básquet.

Mis “desapariciones”

Mis “desapariciones”, si se las podría llamar así, tuvieron un ciclo: me ocurrieron desde los dos hasta los siete años; esta sucedió cuando aún era muy pequeña.

Mi familia y yo fuimos al parque La Carolina con mis cuatro tíos, una de mis tías, mi primo de apenas un mes de nacido y mis abuelitos. (Nunca viví con mis padres, pero esa es otra historia).

Yo no puedo recordar todo, pero me baso en lo que me cuentan. Me dicen que me solían vestir de una manera peculiar, y que ese día eligieron ponerme un vestido azul con unas mallas de duende.

De seguro lucía muy graciosa, pero les gustaba que estuviera así. De peinado me hicieron unas trenzas, así que se pueden imaginar que complementaban perfectamente mi vestuario. De esa forma, salimos de la casa pensando que iba a ser un paseo normal.

Cuando llegamos, recorrimos el parque viendo las carpas de comida, las canchas deportivas, etc. Hasta ese momento, todo iba bien. Mi familia y yo nos divertimos, comimos y tomamos un helado, hasta que cayó la tarde. Era el momento de regresar a casa.

Ya estábamos camino a tomar el bus, pero antes de eso nos quedamos comprando algunas cosas que hacían falta para la casa. Mi abuelito estaba enfermo y deseaba irse, así que mi abuelita le dijo que estaba bien, que ellos se quedaban comprando y que él se fuera nomás a descansar.

Yo era la primera nieta, así que era muy apegada a mi abuelito, me consentía mucho. Como vi que se iba, yo quise ir detrás, y me cuentan que le solté la mano a mi tía y lo seguí. Hasta eso, sin embargo, él ya había subido al bus y yo me quedé sola.

Mi abuelita y mis tíos, confiados de que yo estaba segura con mi abuelo, siguieron comprando. Todas las partes creían que yo estaba bien, pero en realidad estaba sola, sin mi familia, en medio de Quito.

Pero resulta que mi abuelo, por alguna razón y por suerte, se bajó del bus a buscar a los demás. Cuando los encontró, hablaron un rato hasta que mi abuelita preguntó:

—¿Y la Abigaíl?

Mi abuelito respondió:

—Pensé que se había quedado con ustedes.

—¡No! Te siguió para ir contigo a la casa.

—¡Pero conmigo no está!

En ese momento se alarmaron y salieron a buscarme. Mi tía,



la que recién había dado a luz, se quedó con su bebé. Mi abuelita, de la desesperación, salió corriendo, cayó y se torció el pie, lo que dificultó mucho más la búsqueda.

Mientras tanto, yo no sabía qué hacer. Aún era muy pequeña como para pedir ayuda o coger un bus que me llevara a casa; solo me quedó caminar y caminar por La Carolina.

De esta parte me acuerdo muy bien: estaba pasando por unas carpas en donde vendían ropa, juguetes, comida y demás. Sentía que estaba sola, que no había nadie conmigo, así que comencé a llorar. Era muy inocente. La escena debió ser rara para quienes estaban allí: ver a una niñita llorando, caminando sola; además, se hacía cada vez más tarde y yo lucía perdida. Aun así, nadie me preguntaba qué me pasaba.

De pronto, un taxista me vio y le pareció que no estaba bien. Gracias a Dios, era un buen hombre que lo único que quería era ayudarme. Me trató de tranquilizar y me preguntó lo necesario

para poder entregarme a mi familia, pero yo seguía llorando y él no entendía lo que le decía. Para calmarme, me compró un chupete. Muy inteligente, el taxista supo que él solo no podría solucionar las cosas, así que fue donde una patrulla de Policía, les explicó todo y me dejó en sus manos.

Mi familia daba vueltas y vueltas por La Carolina, preguntando a cada peatón si me habían visto en algún lado. Ya estaban desesperados, porque no les daban respuesta. Se tuvieron que separar para buscarme en más lugares a la vez, pero ya no sabían qué hacer; seguro pensaban lo peor. Mi tía, que se había quedado con mi primo, estaba angustiada e intranquila por no poder hacer nada, por no saber si me habían encontrado o no, y esa preocupación iba a traer consecuencias.

Mientras tanto, yo estaba con los policías. Ellos también encontraron la manera de distraerme para que no comenzara a llorar de nuevo: me dieron una de las radios con las que se comunican los patrulleros, y con eso me olvidé de que estaba perdida, sin mi familia. Los policías recorrieron todas las calles aledañas, esperando que yo reconociera a alguien. Recién después de una media hora me escucharon gritar:

—¡Mami!

Ahí fue cuando se detuvieron y me preguntaron si aquella era mi familia. Efectivamente, allí estaban mis abuelitos y tíos buscándome. Me bajaron del carro y yo salí corriendo a abrazarlos. Los invadió una tranquilidad increíble, después de pensar que probablemente ya no me volverían a ver. Seguro a esa edad yo no entendía esa sensación, pero ahora me la puedo imaginar: debió ser como quitarse un gran peso de encima, volver a encontrar la paz después de horas de intriga.

Como en todo caso de desaparición, los policías tuvieron

que preguntarles algunas cosas a mis familiares; ya saben, para asegurarse de que realmente fueran ellos. Aún no todo era color de rosa, porque mi abuelita estaba mal del pie; a mi tía casi le dio preeclampsia por la preocupación; y mi abuelito, que estaba mal de salud, empeoró un poco más. Sin embargo, al final del día tuvieron la satisfacción de encontrarme a salvo.




JENIFFER NATALI LIMA nació en Murcia, España, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Once de Noviembre. Su actividad favorita es leer.

Mi familia

Mi mamá, una joven emprendedora, se había puesto un restaurante de comida costeña llamado Lisa. Para ello, había pedido un préstamo en el banco. Sin embargo, pasaban los días y el negocio no repuntaba, por lo que decidió viajar a España, donde había escuchado que le iba bien a la gente.

Allí, trabajó y trabajó hasta que conoció a un hombre del que se enamoró y con quien se casó. Con esfuerzo, lograron comprar un departamento y tuvieron una hija a la que pusieron de nombre Natali: esa soy yo. A pesar de la felicidad, él empezó a beber



alcohol casi a diario y dejó de trabajar, así que mi mamá se vio en la obligación de arrendar dos dormitorios del departamento para poder sobrevivir.

Un cuarto se lo arrendó a un sobrino que también había viajado en busca de fortuna, y para que ocupara el otro, un día mi papá llegó a casa acompañado de una prima, una chica joven y hermosa. Mi mamá estuvo de acuerdo, pero hasta arreglar el dormitorio, le pidió a la prima que durmiera conmigo en mi habitación. Al escuchar aquello, el sobrino de mamá dijo que mejor esa noche le prestaba su cama, porque él tenía doble turno en su trabajo y no iba a llegar a dormir.

A medianoche llegó mi papá totalmente ebrio y a los gritos. Mi mamá me pidió que no saliera de la habitación, pero hasta eso mi papá entró y preguntó por su prima. Mi mamá, aturdida, no recordaba que estaba durmiendo en la habitación de su sobrino,

así que no supo qué contestar. Mi papá se puso peor. La prima, que había escuchado la bulla, salió del cuarto, pero mi papá seguía sin entender, y menos aún con la borrachera que tenía.

Mi mamá nos mandó entonces a las dos a la habitación y se quedó lidiando con el borracho. Se oía la discusión hasta que de pronto ya no se escuchó nada. Cuando se abrió la puerta, entró mi mamá totalmente ensangrentada, y alcanzó a gritarme:

—¡Llama a la Policía!

Al decir esto, cayó al suelo. La prima de mi papá quería lanzarse por la ventana, decía que ella era la culpable. Yo no sabía qué hacer, pero logré sostenerla y pude llamar a la Policía. Luego, empecé a llorar desesperada junto a mi mamá; le pedía que no se muriera.

Los policías llegaron rápidamente y de inmediato pidieron dos ambulancias, una para mi mamá, que había sufrido dos puñaladas en el pecho, y otra para mi papá, que también se había herido. Cuando llegó mi hermano, que era adolescente, se fue corriendo —el trauma fue tal, que después se dedicaría asimismo a la bebida—.

Mamá estuvo dos meses en coma. Una amiga suya se hizo cargo temporalmente de mí y hasta de mi hermano, y a mi papá lo llevaron preso, porque sus heridas no eran de cuidado. Lo sentenciaron a nueve años de prisión.

Después de tres años, mi mamá conoció a otro hombre y se volvió a casar, pues consideró que era bueno conmigo y se portaba como un padre. Entonces, decidimos volver a Ecuador como una familia.

Sin embargo, un día mi mamá empezó a sentirse adolorida. El doctor le dijo que no había nada que hacer, porque tenía un cáncer terminal de estómago; efectivamente, en menos de un mes se murió.

Después del entierro, mi padrastro me dijo que él no podía quedarse conmigo. Como el único familiar directo que tenía era mi medio hermano por parte de madre —que ya estaba casado y con una hija—, tuve que llamarlo y pedirle que se hiciera cargo de mí. Hoy, todos los días le pido a Dios que mi hermano no se canse de cuidarme, al menos hasta que cumpla la mayoría de edad y pueda conseguirme un trabajo para seguir estudiando.




ROBERT BERNARDO GÓMEZ
nació en La Libertad, Santa Elena, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Jhon F. Kennedy. Su actividad favorita es el baloncesto.

Vida

Todas las personas tenemos planeada nuestra vida, lo que vamos hacer, lo que vamos a decir, qué clase de pantalón vamos a comprar, qué sabor de helado vamos a escoger el fin de semana después del vóley con nuestros amigos. Cada momento, cada segundo que pasamos está predestinado por una fuerza superior. Las religiones lo citan con diferentes nombres: Dios, Buda, Alá, Yahvé, pero todos tienen el mismo objetivo: formarnos una vida.

Desde pequeños crecemos con ese pensamiento, mayormente los cristianos, que son movidos por la fuerza de la Biblia y de



su conciencia. Nos dicen que Dios tiene un plan para todos nosotros, que cada cosa tiene su motivo, que Él ya escogió el lugar y el tiempo, pero ¿cuál es el problema? Una vida bonita, al lado de nuestros seres queridos y realizada por Dios, que es un ser perfecto… ¿Qué podría estar mal? Pues nuestra percepción de la vida. Pensamos que porque nuestro destino está forjado por un ser perfecto, nuestra vida también lo será. Nuestro camino está ahí, siempre estuvo ahí, pero lo vemos como nosotros decidimos: decorado por lingotes de oro o con una superficie de madera vieja.

Desde que tengo memoria, mi padre me contaba sus historias. Cuando era pequeño me las relataba con tanto suspenso y entrega que sentía que yo era el protagonista. Además, le gustaba terminarlas como un relato épico, con una canción al final.

Mis hermanos viven en Guayaquil, y a veces vienen los fines de semana para ver cómo estamos. Cuando no se van en bus,

solemos ir a dejarlos con toda la familia. Sin embargo, hay días en que mi madre y mi hermanito pequeño se quedan y solo vamos mi papá y yo. ¿Dos horas solos de regreso a Santa Elena? Para muchos sonaría aburrido, pero no: mi papá es el tipo de persona a la que no le gusta estar callada mucho tiempo.

Un regreso como todos los otros, me contó más a fondo sobre su vida. Al principio pensé que hablaría sobre su alistamiento en el ejército, que era de una de mis historias favoritas, pero decidió seguir otro derrotero. El silencio nos rozaba de a momentos.

Empezó diciendo que la vida solo depende de si uno quiere triunfar, que el éxito no es estar arriba sino mantenerse, que por más malas que sean las condiciones uno nunca tiene que subir de manera ilícita, que solo debemos tener lo que sea necesario, que Dios provee…

Me contó que, cuando era muy pequeño, su familia no tenía los ingresos suficientes para subsistir de manera cómoda, por lo que le tocó adaptarse a las circunstancias. Su padre no pasaba mucho tiempo con él ni con su madre, debido a que tenía mucho trabajo en su taller de reparación de máquinas de escribir. Entonces, pasaba mucho tiempo jugando en las calles con la pelota. Era su mejor amigo, soñaba con ser futbolista algún día.

Un día salió a jugar pelota al mercado, como de costumbre. Su madre se había quedado en casa porque se encontraba mal de salud. Eran ya las seis de la tarde y mi papá regresaba feliz a su casa. Al ingresar, no se escuchaba nada, parecía que nadie viviera allí. Se acercó lentamente al sofá para ver cómo estaba su madre, pero ella ya no estaba con él… Le había dado un ataque muy fuerte de asma y se había ahogado.

Después de esta tragedia, mi papá sentía que su mundo se derrumbaba, pero decidió pararse firme y continuar con sus

estudios. Su padre se lo llevó a trabajar para que pudiera pagar todo lo que necesitaba.

Los días pasaban y él se acordaba de su madre, pero siempre con una gran sonrisa.

—Dicen que la vida es como un río —me comentó en un momento de nuestro viaje de regreso—: puedes escuchar que algo viene arrastrando, pero no sabes qué es.

Continuó su historia diciéndome que después de tanto ver cómo se reparaban las máquinas, ya se sentía un maestro. Podía armarlas y desarmarlas sin que le sobrara una sola pieza. Sin embargo, algo le faltaba. Sabía que su sueño no era arreglar máquinas toda la vida.

Después de un tiempo llegó el peor impulso que alguien puede desear: su padre se enfermó y se sentía débil, por lo que tuvo que ser internado y someterse a una delicada operación. Mi papá estaba tranquilo porque sabía que su padre era fuerte y lo podía pasar sin dificultades, pero la vida tenía otros planes. Después de la operación, los doctores no cerraron bien la herida, mi abuelo hizo un esfuerzo desmedido y sus intestinos se salieron, lo que provocó inmediatamente su muerte.

De nuevo se preguntó: "¿Qué será de mí?". Con diecisiete años, cursando todavía sus estudios y sin nadie a quien recurrir, la situación llevaría a cualquiera a la desesperación y a la angustia, pero a mi padre no. Después de terminar la secundaria se alistó en el ejército con su hermano, que era un año mayor.

El reclutamiento se hizo en Quito, así que tuvo que viajar desde Santa Elena. Al llegar no tuvo la mejor bienvenida: los serranos no se llevaban muy bien con los costeños, por lo que les dieron una paliza en su presentación. Su hermano no aguantó y decidió irse.

La vida en el ejército era dura. Había que levantarse a las cinco

de la mañana todos los días, bañarse con agua fría, cumplir con el ejercicio físico y mental, comer lo que hubiera —que muchas veces ni llenaba—… Sin embargo, lo más difícil era ver cómo cada fin de mes venían los familiares a visitar a sus hijos, y él debía verlos desde lejos, pues sabía que nadie lo buscaba a él.

Logró superar el año alistado y después decidió regresar a Santa Elena para continuar con el taller y obtener dinero para estudiar en la universidad. Lo que ganaba era poco, pero le sirvió para comprar libros sobre finanzas y contabilidad, materias que le habían gustado desde muy pequeño.

Luego entró a trabajar en un pequeño negocio donde conoció a un señor que le brindó su apoyo y su amistad. Él se dio cuenta rápidamente de que mi padre era humilde y honrado, por lo que siempre le tuvo más aprecio que a otros trabajadores. Mi papá solo estuvo dos años ahí, y después de obtener el dinero suficiente regresó a Quito con ganas de estudiar y comerse el mundo.

Lo que tenía solo le alcanzaba para pagar la universidad, así que tuvo que trabajar vendiendo caramelos y libretas por las calles, de puerta en puerta, siempre moviéndose. Cada día parecía más cansado que el anterior, cada día pensaba en parar, pero sabía que la vida no era fácil, y que si quería triunfar tenía que salir desde abajo.

Pasaron los años y, tras obtener su licenciatura, volvió a Santa Elena repleto de conocimientos que lo ayudaron a forjarse y seguir aprendiendo en los negocios. Al tener un currículo más fuerte, pudo obtener un trabajo más estable y más rentable, donde conoció a mi madre y pudo formar una familia.

Cuando terminó la historia, en mi cara se reflejaba una sonrisa de orgullo. ¿Qué habría pasado si no hubiera luchado, si la muerte de sus padres lo hubiera metido en un agujero, si hubiera tomado el camino equivocado? Pues ustedes no habrían leído esta historia.




JENIFER MISHEL QUIZHPE
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Cuyabeno.

Ocho años de espera

Mi abuela María estudiaba en una escuelita llamada Juan XXIII. En aquellos tiempos su manera de vestir era sencilla: iba a clases solo con unas botas en sus pies, una camisa y un cuaderno. No le importaba vestirse a la última moda, lo que estaba de moda era jugar a las bolichas y a los trompos.

Cuando terminaba clases, debía seguir ayudando a su madre en la casa y en las tareas del campo, como ir a dar de comer al

ganado. Resulta que, un día, cuando iba a hacerlo, se cayó en el suelo, justo encima del estiércol de las vacas. Ella cuenta que fue horrible caer de boca en algo tan hediondo.

Cuando cumplió dieciséis años ya sentía un poco de vergüenza de ir al colegio con los zapatitos descosidos. Ella era buena para el fútbol. Le encantaba jugar tan duro que un día se le rompieron los dientes delanteros y se quedó con un dolor terrible. Entonces, fue a la casa a que su madre la ayudara. Pasó mucho tiempo sin dientes. Cada vez que reía era muy gracioso. Sus compañeros le decían "la chimuela".

Cierto día, la nominaron en su clase para la elección de la reina del colegio. Obviamente, su madre la ayudó con la ropa y todo lo demás. Resulta que había cuatro participantes: bellas mujeres con lindos vestidos; ella tenía el más sencillo y ni un asomo de maquillaje en la cara. La abuelita me contó que cuando le tocó dar el mensaje lo hizo muy bien, y que después de modelar la nombraron reina.

—Para ser bellas no basta con arreglos en el rostro. Ser sencilla, ¡eso te hace grande! —me dijo un día.

Más tarde recibió una carta que no tenía nombre. Ella pensaba que sería de alguna compañera, pero decía algo muy lindo y a la vez misterioso: "Bella eres y bella serás por la eternidad". Cuenta mi abuelita que se sintió feliz porque nadie se lo había dicho nunca, pero no pudo resolver aquel misterio por algún tiempo. Luego de recibir otra carta algún tiempo después, se puso realmente ansiosa por conocer a su admirador.

Por su parte, su madre le decía que tuviera cuidado con los chicos, que no tenía la edad suficiente como para andar en esas cosas. Le advertía que si hablaba con un hombre o le tocaba la mano, se quedaría encinta. Con mucho temor, mi abuelita terminó por alejarse de sus compañeros.



Su mamá también le enseñó a cocinar. Una vez que lo hizo, le avisó que tenía que cocinar sola, sin ayuda de nadie. Esas eran las reglas: nadie debía pasarle nada; si se le caía algo en el suelo, lo levantaba ella misma. La primera vez que dio de comer a sus padres, la sopa estaba desabrida, así que recibió una hablada terrible de la mamá. La insultó tan feo que mi abuelita se sintió triste; no tenía ánimos ni siquiera para ir a dar de comer a las vacas.

—Si eres buena mujer, deja de llorar. Solo las débiles lloriquean —sentenció su madre.

Mi abuelita cuenta que simplemente tomó sus botas y se fue a ver al ganado. Cuando estaba con las vacas, se sentó en el suelo lleno de lodo y hormigas, pero no le importó. Luego de un momento empezó a llover, y ella se levantó y dejó que el agua limpiara su cuerpo y su ropa. Recuerda que se sentía muy feliz, le encatanba ver cómo caía la lluvia. Le dieron ganas de sacar la lengua e imaginarse como una vaquita.

Cuando regresó a casa se sacó las botas y de ellas cayó agua enlodada. Las lavó y se fue a hacer la merienda. Esta vez, después de probar la sopa, su papá dijo:

—¡Por fin haces algo bueno!

Al día siguiente le tocó ir al colegio. Se sentía feliz porque sabía que en cualquier momento conocería a la misteriosa persona de las cartas. Al salir de clases, una compañera le entregó otra, pero esta vez mi abuelita le dijo:

—Espera, Viana, dime por favor de quién es esto. He vivido tantos años sin saberlo…

—Es de alguien que te aprecia mucho —contestó la otra joven—, y tú deberías también hacerlo.

Un año más tarde, se le acercó un joven. Ella se quedó impactada, porque recordaba las palabras de su madre.

—Tantos momentos de seguir y seguir buscando una perla escondida no ha sido nada fácil —dijo él.

Mi abuelita no entendió qué insinuaba, pero él simplemente se retiró. Cuando salió al recreo, el chico la observaba. Mi abuela sonrió de inmediato; luego, sintió temor en su pecho, cuando recordó lo que su madre le había dicho: que si alguien la topaba se quedaría encinta. Cuando se acabó el recreo, habló con su profesora y le preguntó si era verdad. La maestra, sorprendida, le dijo:

—Para nada, hija. Esos son simplemente cuentos, no pienses en eso. Tú como joven deberías saber que si saludas a cualquier persona es por educación; no te quedarás encinta.

Entonces comprendió por qué su madre se lo había dicho. No le gustaba la idea de que tuviera enamorado.

Al día siguiente, el joven se le acercó y finalmente se lo dijo: todo ese tiempo la había estado esperando; la quería tanto que había

guardado su amor por muchos años y supo mantenerse firme, fiel. Le habían impresionado la sencillez y el carisma de mi abuelita. Le encantó también que ella siempre estuviera tranquila y fuera bondadosa con los demás. Estaba completamente enamorado.

Mi abuelito cuenta que no fue nada fácil, pero por amor se enfrentó a los padres de mi abuelita y les pidió la mano. Ellos se opusieron, pero con el pasar del tiempo lo aceptaron, ya que vieron el amor y la responsabilidad que tenía aquel joven. Donde fuera, él trabajaba para tener lo necesario.

Mi abuelito nunca dejó de amar a mi abuelita. Hoy viven humildemente pero siempre recuerdan que el amor es el principal sentimiento en la vida, porque si hay amor hay paz. Obviamente hay desacuerdos que surgen en la pareja, pero nunca permiten que eso llegue a una discusión; más bien, recuerdan que no deben parecerse a las personas de hoy.

—Sí, este tiempo está cada vez peor con la juventud —me dice—. ¿Por qué no haces tú la diferencia? ¿Cómo? Pues, si amas a alguien, espéralo. Te preguntarás cuánto tiempo esperé yo a tu abuela. Ocho años. Ocho años para poder pedirle que fuera mi enamorada. No fue nada fácil, pero lo logré. Piensa bien cómo debes tratar a una jovencita; no juegues con sus sentimientos. Recuerda que una esposa bondadosa no la tiene cualquiera. Yo toda la vida supe amar a mi esposa porque es una gran compañía que te apoya en los momentos duros de este mundo, así que ¡ánimos, joven, no lo eches a perder!

MARISOL LICUY
nació en Tena, Napo, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San José. Su actividad favorita es jugar básquet.

Yachak warmi, mujer sabia

Francisca Andy, mi abuela, era una mujer sabia, inteligente, vivaz y activa. Era muy ágil, todo lo hacía rápido: lavaba la yuca mientras la pelaba, con la olla ya en el fuego. Mientras conversaba con quienes la rodeaban, limpiaba la chacra. Nunca estaba quieta, era una *sinchi warmi*, una mujer fuerte.



Siempre me decía que ella viajaba para recordar y tener de qué hablar cuando fuera mayorcita. Quería dejarnos a nosotras, sus nietas, las historias que había recolectado.

—Vengo de la familia Andy. ¡Somos fuertes y valerosas! Corremos livianitas a buscar lo que necesitamos. Esas somos nosotras: *pichi warmi*, mujeres picaflor, como el pajarito de la selva.

Como hacían todas las mujeres desde la época de sus ancestros, mi abuelita se levantaba muy temprano —a la una de la mañana— para preparar la guayusa. Más tarde, conversaba con sus hijos y nietos, y les enseñaba a tejer shigras o redes de pescar. Compartía sus historias y sueños para sembrar sus costumbres en la familia y mantenerlas vivas.

Recuerdo lo que me dijo un día que me narraba sus vivencias:

—Yo doy mis historias para que sean llevadas en el viento por ustedes, las futuras generaciones, y luego las cuenten a sus hijos.

Murió muy reducida, chiquitita, pero al ver alrededor de la casa huellas de puma supimos que se había convertido en aquel animal. Más tarde aparecieron pisadas de dos tamaños, muy distintas entre sí, y entendimos que había luchado contra el gran puma, que se la había comido.

Una vez me dijo:

—Mira los cerros blancos, nietita: allí en las sierras se han acabado los árboles. Cuando yo me muera y mires aquellos cerros, recuérdame con tristeza. Hereda mis pensamientos, y ponlos en papel.

CARMEN DEL ROCÍO COPA nació en Guamote, Chimborazo, en 1974. Trabaja en la Unidad Educativa Velasco Ibarra. Su actividad favorita es escribir.

Homenaje a mi padre

Mi historia comienza en el seno de un hogar normal. Soy la cuarta de siete hermanos: cuatro mujeres y tres hombres. Mi padre, Ángel, de profesión agricultor, tenía muchos terrenos y animales; mi madre, Juana, comerciaba con ganado menor en la feria de los jueves en Guamote y en la de los domingos en Alausí.

Mi niñez fue llena de alegrías, con dos padres que siempre se preocuparon por sus hijos. Algo que recuerdo es que mi madre

nos vestía de igual forma a mi hermana mayor y a mí, que en ese entonces éramos las únicas dos mujercitas.

También me acuerdo de un día que mis padres salieron a cosechar zanahorias. Era muy tarde y no regresaban, y me habían dejado a cargo de mi hermana menor, que tendría unos cuantos meses. Cuando salí a la calle a ver si venían, de repente un perro se abalanzó sobre mí y me mordió. Yo, que llevaba en brazos a la bebé, solo pensé en protegerla a ella.

Todo transcurría dentro de la normalidad: mis padres salían a trabajar en los terrenos y los domingos mi madre se iba a Alausí a su negocio. Sin embargo, ambos tenían ganas de vivir en otro lugar. Ángel —así llamaré a mi padre de ahora en más— era muy apegado a sus hermanas, así que quería irse a Guayaquil con ellas. Por eso, se había hecho socio de una cooperativa de vivienda en Durán. Al contrario, mi madre quería estar junto a sus hermanas, que vivían en Quito, y también era socia de una cooperativa de vivienda allí.

Un domingo —que sería el que marcaría nuestras vidas—, Ángel partió rumbo a Quito para una reunión de la cooperativa de mi madre; ella, en cambio, tomó un bus para irse a Alausí. Iba acompañada de mi segundo hermano —para ese entonces ya estábamos los siete—.

De pronto, mi madre, que iba sentada al lado del chofer, sintió que el carro estaba yendo demasiado rápido. Le pidió que frenara, pero ya no podía: se le habían ido los frenos. El bus se descontroló, salió de la carretera y se volcó. El chofer y otras dos personas murieron. Mi madre quedó muy herida, con la cara llena de cristales y la columna rota; la llevaron inmediatamente al hospital de Alausí. Mi hermano salió volando en una lata y no sufrió más que golpes de los que se recuperó pronto.



Mientras tanto, mi padre había llegado a Quito. Antes de que empezara la reunión, se le acercó un conocido, que le preguntó si sabía algo del accidente. Le comentó que hasta había muertos.

Mi padre se quedó en *shock*, pues sabía que en ese bus viajaban su esposa y su hijo. Enseguida se regresó a Guamote, donde le confirmaron lo que había pasado. Partió de inmediato a ver a mi madre y la encontró muy herida. Los médicos le dijeron que no volvería a levantarse de la cama, pues había sufrido fracturas en la columna. Entonces empezó el calvario de Ángel: con su esposa postrada en una cama y siete hijos pequeños; la mayor, de trece años, y la menor, de meses de nacida.

Ángel buscó la forma de curar a su esposa. No conforme con lo que le habían dicho los médicos de Alausí, la llevó a diferentes hospitales de Riobamba, Quito y Guayaquil, e incluso a curanderos de Santo Domingo.

En Guayaquil pasó varios meses. Ángel iba y venía, pero nosotros estábamos casi abandonadas: a mi hermana pequeña la amamantaba una tía que había dado a luz por esas fechas, y no había quién trabajara los terrenos. Ángel tuvo que empezar a venderlos, junto con los animales, para cubrir los gastos que ocasionaba el querer salvar a su esposa.

Sin embargo, el sacrificio no sirvió de nada, ya que Juana no mejoró. Su estado se agravaba cada vez más: de tanto estar acostada se le habían hecho llagas y le sacaban carne de su propio cuerpo para hacerle injertos. Así se consumió mi madre. Sin ver mejoría alguna, regresó a Guamote al año.

Recuerdo que en aquel entonces no quería acercarme, porque me daba miedo verla tan demacrada. Es algo que nunca me perdonaré, pues mi madre necesitaba mucho cariño y no se lo supe dar.

Luego de un año y medio de sufrimiento, murió el 28 de mayo de 1983. La valentía que demostró mi querido padre fue y seguirá siendo digna de mi admiración. Nunca se rindió; aun con tanto dolor a su alrededor, se mantuvo fuerte.

Todos pensaron que el pobre hombre se dedicaría a tomar, y que terminaría regalando a sus pequeños hijos, pues él solo no iba a poder criarlos. Pero Ángel, mi querido Ángel, pudo sacarnos adelante con tanto sacrificio como limitaciones, amparado únicamente en el apoyo de su madre, Carmen, que se dedicó a cultivar los pocos terrenos que le quedaron.

Con eso nos dio el estudio, y cuando nosotros salíamos a vacaciones también nos íbamos a trabajar en los terrenos, sembrando o cosechando. De él aprendí esa responsabilidad, esa fuerza de voluntad, y así fui la primera de mis hermanos que estudió en la universidad. Lo logré trabajando y gracias a mi

querido hermano Carlos, que pudo irse a los Estados Unidos y desde ahí me apoyó.

Sin embargo, cuando parecía que empezaba a irnos bien en la vida, nos llegó otro dolor muy grande: la triste noticia de que Carlos había fallecido en el extranjero. Era una nueva prueba que el destino ponía en nuestras vidas, y de la cual mi amado Ángel volvió a salir adelante.

Este es mi homenaje a un hombre valiente que nunca se dio por vencido, que siempre pensó en el bienestar de sus hijos y que luchó por ellos. Gracias a él, aquí estamos los seis que quedamos, todos personas de bien: dos licenciadas, dos ingenieras y dos hermanos en Estados Unidos, siempre dejando en alto el nombre de mi querido padre, Ángel.




NELLY DEL ROCÍO RIVERA
nació en El Rosario, Guayas, en 1969. Trabaja en la Unidad Educativa Monseñor Juan Wiesneth. Su actividad favorita es escribir.

Un recuerdo inolvidable en el Cojitambo

Me llamo Nelly, mi vida ha sido un poco complicada, marcada desde mi nacimiento por la enfermedad de mi hermano Paúl, quien sufrió de Poliominitis aguda. Cuando tenía siete años, mis padres se separaron. Sentí tanto dolor que lloraba todas las noches cuando iba a dormir.

Pero también he vivido momentos inolvidables, todos los años mi padre salía de vacaciones y, como él era oriundo del Cojitambo- Cuenca, viajábamos a visitar a mi abuelita Mercedes,



más conocida como “doña Meche”. Ella vivía en la comuna El Cojitambo, esa zona llevaba ese nombre porque se asentaba en las faldas del cerro Cojitambo. Desde los ocho años, cuando estaba en ese lugar miraba desde la ventana un paisaje indescriptible: la majestuosidad del cerro, su belleza al caer la tarde, el sol ocultándose en el atardecer rojizo, las nubes entre blancas y celestes, el cerro de todos los tonos verdes y, en medio de él, una cascada de agua cristalina que al caer parecía espuma, y en la punta del cerro, una cruz que a lo lejos se veía tan pequeña. Desde entonces le pedía a mi padre que me llevará a subir el Cojitambo, porque quería tomarme una foto en la cruz.

Pasaron los años y, diez días antes de cumplir quince, mi padre me visitó y me preguntó:

—Ñata, ¿aún quieres subir el Cojitambo?

A lo que contesté emocionada:

—Sí, papito, quiero subir el cerro.

—Cuando se termine este trimestre, nos vamos de viaje.

Llegó el día, viajamos por la noche junto con mi hermana menor, Patricia, y cuando llegamos a Cuenca cogimos un bus para El Cojitambo. Este nos dejó en el centro de la comuna y en el trayecto a la casa de la abuela saludamos a todos los amigos de mi papá. Él les invitaba a subir el cerro y ellos le decían:

—Ya, Luchito, mañana a las cinco para ir.

—Yo llevo hornado —dijo don José.

Y Manuel, primo de mi papá, añadió:

—Yo llevó chocolate y pan para desayunar.

Todos se reunieron en un momento y se pusieron de acuerdo. Luego llegamos a casa de mi abuelita, la saludamos y le entregamos frutas, pescado y otras cosas que mi papá había comprado para ella. Ella me abrazó fuerte y me dijo: “La quinceañera quiere subir el cerro, ¿no te da miedo?”, y yo solo sonreí. Al día siguiente nos levantamos a las tres de la mañana para preparar todo lo que íbamos a llevar: papa cocinada, mote, habas, queso, melloco, etc. Parecía que íbamos a un largo viaje. Mi hermana no quiso ir porque le daba miedo.

Todos nos reunimos a las 4h30, al comienzo de un camino de piedras muy angosto. Éramos once, de los cuales cuatro éramos jóvenes. Empezamos a caminar por el sendero llamado por ellos “de herraje”; de uno en uno, todos íbamos cogidos de la mano y pegados al cerro, era tan emocionante… El viento soplaba fuerte y la neblina lo acompañaba.

Entre la 7h30 y las 8h00 de la mañana llegamos al primer descanso, un sitio donde podíamos sentarnos todos a desayunar y reírnos del vértigo que habíamos sentido. El primo de mi papá, Manuel, nos dijo a todos:

—Hay que comer bien porque de aquí tenemos que caminar unas cinco horas, hasta el segundo descanso, y de ahí viene lo más difícil.

Comimos compartiendo todos los alimentos y empezamos nuevamente el recorrido. A lo lejos veíamos el pueblo y otras comunidades como Chordeleg. Cuando mirábamos hacia abajo me daba miedo, pero mi papá me animaba: "No tengas miedo, mi ñata, solo piensa que vas a llegar a la cruz y ahí vas a escribir tu nombre". Tomaba aire y continuaba, había sitios por donde solo pasaba una persona agarrándose del cerro y justamente en esos puntos el viento soplaba más fuerte. Parecía que ya nos llevaba hasta que, entre un susto y otro, llegamos al segundo descanso, quemados del sol.

Cansados, con hambre y sed, tomamos agua y con mi papá nos acostamos en el suelo. Luego nos sentamos, comimos y conversamos. Los demás dijeron que hasta allí llegaban, porque el viento estaba muy fuerte y la última parte es la más peligrosa. El camino era muy delgado, apenas entraba un pie de lado. Entonces, mi papá le dijo a su primo:

—Nosotros subimos cuando teníamos once años, ¿y ahora tienes miedo?

Y él contestó:

—No, Luchito, vamos.

Se pusieron de pie y yo me acerqué a ellos; mi padre me abrazó, me dio un beso en la frente y me dijo:

—¡Hija mía tienes que ser! Siempre haces lo que quieres, eres tan decidida, te quiero tanto, mi ñatita. ¡Vamos!

Con una soga delgada, mi papá amarró a su primo Manuel en la cintura, después dejó una distancia e hizo lo mismo conmigo, y luego lo repitió con él mismo. Así, los tres estábamos unidos con la soga, ellos dos en los extremos, protegiéndome. Su primo me

indicaba cómo tenía que subir: clavaban unas cuñas en el cerro para agarrarnos, subíamos un pie, luego el otro y así llegamos a la punta del Cojitambo, donde estaba una cruz y el Señor en ella. También había una piedra enorme, blanca, donde las personas que llegaban escribían su nombre con otra piedra.

De la emoción de llegar nos abrazamos, saltamos de alegría y gritamos: "¡Llegamos al Cojitambo!". Cada uno gritaba su nombre, que resonaba con el viento. Nos tomamos fotos con una cámara de rollos. Desde ahí se veía Cuenca, mi papá y su primo decían: "Allá queda tal lugar…", nombrando varios pueblos. Después mi papá vio la hora y dijo: "Son las dos, tenemos que regresar". La bajada me dio más miedo, pero mi padre decía: "Agárrate de la cuña y pon el pie en el herraje". Al final llegamos con los otros que estaban esperándonos. Otra vez comimos y empezamos a descender. Entre uno y otro susto, llegamos a las ocho de la noche al punto de partida, con seis rollos de fotografías. Recuerdo aquel día con mucha alegría, como una aventura que compartí con mi padre. Siempre mirábamos las fotos y nos reíamos.

Lamentablemente, hoy mi padre ya no está a mi lado, pero guardo de él los mejores recuerdos, su cariño, sus consejos, el amor a Dios que él profesaba y la valentía con que enfrentaba cada obstáculo en su vida. Ese día él me enseñó a enfrentar mis miedos; aprendí que rendirme no es una opción, que puedo lograr todo lo que me proponga en la vida, que juntos, en familia, podemos vencer cualquier dificultad —incluso escalar un cerro tan grande como el Cojitambo—, que nuestra unión familiar y amor era más grande que eso, que no existía poder alguno que nos venciera. Aquel día él me mostró su amor de padre, me hizo sentir protegida y me dio valentía. El carácter que forjó en mí, los valores que me inculcó y enseñarme a ser fuerte fueron sus mejores legados; sentimientos y valores que ninguna herencia material puede superar.

SANTIAGO GABRIEL PANTOJA
nació en Tulcán, Carchi, en 1982. Trabaja en la Unidad Educativa Cristóbal Colón. Su actividad favorita es hacer deporte.

Mi eterno amor

Era un lunes como cualquier otro, a diferencia de que afloraba un tiempo de alegría y paz; empezaba el mes que conmemora la llegada del Niño Jesús a los corazones de todos los creyentes. Además, estaba por iluminar mi vida un acontecimiento que la cambiaría de manera inesperada: estaba por nacer mi hijo, Luisito, quien se convertiría en mi único amor, ese pedacito de carne cuya sola presencia invitaba a acariciarlo y brindarle todo el cariño del mundo.

¿Quién iba a pensar que ser papá de un niño sería tan difícil? Desvelos, preocupaciones y esfuerzos para que no le



falte nada a aquel ser que ya era parte de mi vida y que con el pasar del tiempo me hizo aprender muchas cosas y ver otro tipo de felicidad que no conocía hasta que no estuvo a mi lado. Fue así que comprendí que era mejor pasar el tiempo enseñándole a dar sus primeros pininos, que correr por la vida haciendo cosas que no producían nada para nadie. ¿Qué más satisfactorio que recibir una sonrisa de agradecimiento de aquella personita?

Llevo ya tres años en la tarea ardua de crianza de este, mi pequeño compañero, mi motor de vida. En este tiempo hemos pasado un sinnúmero de aventuras. He reído, sufrido y llorado al notar que a veces me abandonan las fuerzas para continuar. Es ahí cuando miro al cielo y encuentro la fortaleza en el recuerdo de su madre, Johanna, que nos apoya y nos brinda cada día las bendiciones para poder continuar este diario pero hermoso

trajín, este tiempo de mutuo aprendizaje y de caminar día a día a descubrir nuevos horizontes, a conseguir nuevas metas.

Desde ese 10 de diciembre del 2014, Luisito se convirtió en mi "peluche", mi compañero de aventuras. La primera vez que lo vi, lo tomé entre mis brazos y le hice una promesa: nunca soltar su mano, y caminar juntos los días que el creador de este mundo nos permita.

NANCY MARLENE CHALUIZA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 14 de Octubre-Vicente Rocafuerte.

Mi vida en el campo

Mi nombre es Nancy Chaluiza. Nací en la comunidad Pigua Quindigua, pero pertenezco a la parroquia Angamarca, donde hasta los diez años me crie con mi abuelita y mi tía, que es soltera. Mis padres habían salido a trabajar a Quito; por eso, mis dos hermanos y yo vivíamos con ellas.

Mi madre y mi padre no tuvieron una infancia feliz; desde pequeños se dedicaron a pastar borregos y a sembrar en el campo.



Por las necesidades que pasaban nunca pudieron estudiar, y por eso a mis dos hermanos y a mí nos dicen que lo hagamos y seamos alguien en la vida.

Recuerdo cuando mis padres venían todos los sábados a vernos desde Quito: nos traían pan, yogur y muchas cosas más. Mi padre tocaba la trompeta y le gustaba cantar, y sabía juntar a los vecinos para que escucharan aquellas hermosas canciones.

Cuando vivía aquí en Angamarca, soñaba con volver algún día a su tierra natal, para poder ver a su familia reunida nuevamente. Intentó viajar tres veces, pero con todo listo para partir, por razones de salud, no pudo lograrlo. Yo aún era una niña inocente, no me daba cuenta de la tristeza que sentía mi padre al tener tan lejos a su familia.

A mis hermanos y a mí nos encantaba andar jugando, corretear detrás de la casa. A veces íbamos a coger conejos en el campo con

mis primos y los vecinos; llevábamos a los perros y unas flautas o tallos de cebada que algunos amigos sabían tocar. También sabíamos ir a pastar borregos y a pescar truchas con un balde. Es muy bonito vivir en el campo.

En Carnaval jugábamos en el río. Mi hermano Freddy, el más fuerte de nosotros, nos cogía y lanzaba; en ocasiones llorábamos porque jugaba de manera muy tosca. Recuerdo que volvíamos mojados a la casa y nos cambiábamos a escondidas de mis abuelitos.

Con mis hermanos también apostábamos a ver quién podía subir más rápidamente a los árboles; el primero se ganaba un dólar o un pan con yogur. Volvíamos a casa con los bolsillos llenos de piedras de hermosos colores, que recogíamos del cerro y también del río.

Los días sábados, que había feria en Zumbahua, bajábamos a vender comida y los ponchos y cobijas que mi mamá tejía con lana de borrego. De tarde almorzábamos y hacíamos compras para llevar de vuelta a la casa —incluidas golosinas para mis hermanos y mi papá—. ¡Tantas cosas bellas viví, que me gustaría volver a ser niña!

Con el tiempo pasaron muchas cosas: mis hermanos siguieron estudiando, y yo también. Mi padre trabaja en el sector de la construcción, en Quito, Latacunga, Pujilí o donde lo llamen, porque en estos tiempos la situación está difícil. Mi madre trabaja en Salcedo, cosechando flores. Un día llegaron a casa dos de sus familiares y la invitaron a ir.

Yo tengo mis propias tareas: cuando vuelvo del colegio, me cambio el uniforme, almuerzo y me voy a cortar hierba para los cuyes; después hago mis deberes y me pongo a cocinar la merienda para el resto de mis familiares, pues llegan cansados del trabajo.



MAYRA GABRIELA DOMÍNGUEZ
vive en Santa Elena, Santa Elena. Está vinculada con la Escuela de Educación Básica Albert Einstein.

Revolcada por los perros

Un jueves a la tarde, mi padre y yo fuimos a la tienda a comprar papas con queso para la merienda. Al regreso venía brincando, jugando con el queso en la mano, cuando de repente de unos montes salieron unos enormes perros.

Me asusté tanto que mi primera reacción fue correr, pero los perros me siguieron y me hicieron caer. Empezaron a pelear



encima de mí; su intención no era morderme, sino quitarme el queso, pues estaban hambrientos.

Mi padre reaccionó y corrió a ayudarme. Estaba muy asustado, pero cuando ya había pasado todo se lo contó a mi madre y a mis hermanos, y todos reímos por lo sucedido.

Ese día marcó mi vida, ya que hasta esa edad nunca había sentido tanto terror. Es más, tuvieron que llamar a una curandera para que me sacara el susto.




RICARDO DOMÍNGUEZ
vive en Santa Elena, Santa Elena. Está vinculada con la Escuela de Educación Básica Albert Einstein.

Revolcado por un gallo

Cuando tenía ocho años, todos los fines de semana acompañaba a mi padre a las canchas de vóley donde él jugaba con sus hermanos. Yo me encargaba de ir a recoger la pelota cuando se iba lejos.

Un día como cualquiera, mi padre me dijo:

—Hijo, anda a ver la pelota que se fue.



En mi camino vi a un gallo que quería cortejar a una gallina. Como la seguía y la quería aplastar, en mi inocencia lo espanté y seguí.

Al regresar con la pelota para dársela a mi papá, el gallo estaba ahí. Lo desafié con la mirada y me comenzó a seguir con sus alas alzadas. Yo corría muy rápido, mirando para atrás, hasta que de repente me choqué con un muro de tierra y caí. El gallo comenzó a picotearme mientras yo gritaba.

Cuando me dejó y mi padre y mis tíos se dieron cuenta, comenzaron a llorar de la risa. Hasta el día de hoy se acuerdan de esa situación, que yo tampoco olvidaré.



HELEN ZAMBRANO DEL BALLE
vive Santa Elena, Santa Elena. Está vinculada con la Escuela de Educación Básica Albert Einstein.

Caída de un carro

Cuando yo era pequeña, siempre seguía a mi hermano mayor, quería hacer todo lo que él hacía; como cualquier hermano menor, lo admiraba, era mi ejemplo a seguir. Sin embargo, él tenía la mala costumbre de bajarse de los carros cuando estaban en movimiento, a baja velocidad.

Un día íbamos los dos en el cajón del carro de un vecino de nuestro barrio, que nos llevaba a la tienda. A mi hermano se le ocurrió bajar antes de llegar y yo, atrás de él, siguiéndolo. Al tocar la carretera me caí y de ahí no sé qué habrá pasado… Me desmayé.



Cuando desperté me encontré en la sala de un hospital: estaban tratándome las terribles heridas del rostro. Yo lloraba de dolor y ahí me di cuenta de que tenía heridas en todo el cuerpo. Pasó mucho tiempo hasta poder curarme, todo por lanzarme de un carro pensando que iba a quedar parada en la carretera, error que nunca olvidaré.

DAYANA JAZMÍN QUESPAZ
nació en Ibarra, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es bailar.

Mis quince años

Hace aproximadamente dos años, fui espectadora de una gran sorpresa preparada por mis padres: mi fiesta de quince, que las personas que formaron parte de mi vida me acompañaron a celebrar.

Mis padres habían tenido siempre la ilusión de hacérmela, pero cuando faltaban algunos meses y me preguntaron si la deseaba, yo me sentía confundida: por una parte quería que se llevara a cabo, pero por otra parte no.



Finalmente, decidieron que sí me festejarían. Mis tíos y mis padres prepararon todo y solamente me hacían partícipe de algunas cosas, como elegir mi corte de honor, que estuvo integrada por mis más cercanos amigos y primos.

Cada vez faltaba menos. Algo que costó un poquito de trabajo fue escoger mi vestido, ya que yo quería algo sencillo y bonito.

A un día del tan esperado evento, mientras mi abuelita y mis tías preparaban la comida y mis tíos, junto con mis padres, arreglaban el salón, la emoción y el nerviosismo se iban apoderando de mí.

Llegó el gran día e igual me sorprendieron, porque mi amiga prestó su vehículo y lo arregló muy bonito para llevarme a la iglesia. Luego de que acabase la ceremonia religiosa, nos dirigimos al salón. Al ingresar me sentí muy feliz, ya que el lugar estaba muy hermoso y había mariachis recibiéndome con un gran mosaico de canciones. Durante toda la fiesta, cayeron lágrimas de la felicidad que tenía por todas las sorpresas recibidas.




KAREN HUARACA
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Once de Noviembre. Su actividad favorita es bailar.

Una experta peluquera

Todos los sábados, mi mamá me dejaba cuidando a mi hermana menor, que tenía cuatro años, pues salía a trabajar. Yo, que tenía diez, uno de aquellos días, para entretener a mi hermanita, le dije que jugáramos a la peluquera: ella iba a ser la modelo. Arreglé la sala como si fuera una elegante peluquería, tomé las tijeras de mamá e incluso hice un cartel muy vistoso.



Mi hermanita se sentó en el sillón mientras yo me ponía un delantal que había encontrado en la cocina. La acomodé y, ¡manos a la obra!, le empecé a cortar el cabello. Le dije que le iba a hacer una hermosa melena, pero cada vez cortaba de manera más y más desigual. Al final me decidí a hacerle un corte en capas. Sin embargo, cuando me di cuenta, a mi hermanita solo le quedaba un enorme mechón de pelo en la frente.

Para que no llorara cuando se viera, le dije que además le iba a pintar el cabello con los últimos colores de moda. Entonces, pelé una remolacha y se la pasé por toda la cabeza hasta que le quedó morada. Luego, la peiné bien y le puse fijador.

Cuando llegó mamá, lanzó un grito feroz:

—¡¿Qué le hiciste a tu hermana?!

—La puse a la moda —contesté, y salí corriendo, llena de

miedo. Si hubiera estado en alguna competencia, habría sido la ganadora, de tan rápido que escapé.

Ya no recuerdo cuánto tardé en volver a casa, solo sé que mi mamá tuvo que llevarla a la peluquería de verdad a ver cómo le arreglaban el desastre que yo le había hecho. ¡Al otro día mi hermanita iba a salir de madrina en un desfile!




NUBE DEL ROCÍO PIÑA
nació en Azogues, Cañar, en 1992. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Tania Loja estudia en la Unidad Educativa Monseñor Juan Wiesneth.

Historia familiar de Israel

Estaba jugando a la pelota en el jardín con mis hermanos Armando y Bolívar, cuando escuchamos gritos y llantos. Los tres regresamos a ver, aterrorizados.

—Mamá, ¿qué sucede? —pregunté yo, Israel, el hermano mayor, de seis años. Entonces, ella trató de explicarme que se iba a un viaje muy largo, y que tal vez pasaría varios años sin vernos.



Los tres la abrazamos y lloramos amargamente; un dolor nos destrozaba el alma. La tía Isabel, ante tan penosa escena, decidió amarcarnos uno a uno para que mamá pudiera irse a su viaje, que no sería más que a Estados Unidos, aunque ilegalmente, sin saber los peligros que eso acarrearía.

Quedamos entonces al cuidado de la tía Isabel, pero no se pudo hacer cargo de nosotros por largo tiempo. Se casó y tuvo su propia familia; nosotros no estábamos incluidos en sus planes.

Pasó mucho tiempo hasta que tuvimos noticias de nuestra madre. Particularmente, se alegraron mi alma y mi ser cuando me enteré de que estaba bien y, a pesar de los obstáculos, había llegado a su destino. Aquel fue un día de gozo.

La tarde siguiente, Clara, otra hermana de mi mamá, nos fue a visitar. Estábamos jugando en el parque, cuando la tía Isabel

nos dijo que empacáramos nuestra ropa. Sentí miedo, pero no lo demostré. Llevé a mis hermanos e hicimos lo que nos ordenaron, sin chistar.

Ese instante recordaba los buenos y malos momentos que habíamos pasado en familia, a ver si encontraba la razón para que nos mandaran a otra casa. De repente, sonó el teléfono y era mi madre… Nos dijo que de ahí en adelante viviríamos con la tía Clara en Cuenca, y que debíamos portarnos bien y obedecerle. Ese día, cogí de la mano a mis hermanos y salimos con dirección a un hogar donde viviríamos varias injusticias, aunque todavía no lo sabíamos.

En la casa nos encontramos con Manuel, Carlos e Iván, nuestros primos. Después de jugar un rato, nos presentaron al esposo de mi tía Clara, una persona seria, cuya molestia por tenernos allí era evidente.

Entramos a la escuela y sacamos excelentes notas para que nuestra familia se sintiera orgullosa de nosotros. Aunque nuestros primos siempre tenían lo mejor —la mejor ropa, las mejores maletas…—, no fue motivo para que nosotros no sobresaliéramos.

Ya faltando un año para terminar la escuela, sin embargo, tuvimos un problema: mi mami y la tía Clara discutían por dinero. Nos tocaría nuevamente cambiarnos de casa; esta vez a la de nuestros abuelos, José y María, dos personas de edad que a duras penas sabían escribir, pero se ofrecieron a hacerse cargo de nosotros. Creo que, de todos quienes nos acogieron, mis abuelos fueron los más justos y amorosos.

Con ellos pasamos de las ciudades serranas al campo costeño; nuestras vidas dieron un giro de 90º. Cuando llegamos, vimos la hacienda y los animales que vivían en ella: vacas, gallinas, cerdos, patos… Fue allí donde tuvimos las mejores etapas de nuestra

adolescencia: conocimos nuestros primeros amores y también varias decepciones y humillaciones.

Terminamos el colegio y luego fuimos a la universidad, siempre con las mejores notas, que nos distinguían de los demás desde pequeños. Nos llamaban “los niños sin padres”, pero nos acostumbramos.

No tener padres es doloroso, pero no debe ser motivo para fracasar, sino para triunfar con muchas más ganas. Hoy, Armando es doctor; Bolívar, abogado; y yo, Israel, profesor. Por suerte, nuestros abuelos nos enseñaron a amar a nuestros padres y muchos otros valores, como el respeto y la humildad.




DOMÉNICA FABIOLA OLIVO
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Pierre Teilhard de Chardin.

Mi enseñanza de vida

26 de abril de 2016, 7:30 p. m.

—¡Ayúdenlos, llamen a la ambulancia!

Horas antes

Después de haber terminado mis tareas, mi padre y yo nos preparábamos para asistir al cumpleaños de mi abuelo Luis. Mis hermanas se encontraban en la universidad y mi madre ya venía en camino desde el trabajo.



Llegamos al lugar, decorado con globos. Grandes sonrisas ocupaban los rostros de las personas. Quién diría que una fecha tan especial se convertiría en una marca para mí.

5:45 p. m.

Todos los invitados habían llegado y el momento del festejo había comenzado. Me encontraba muy feliz y ansiosa por la torta. Minutos después, mi deseo se hizo realidad: una de mis tías dio inicio al canto y, como en toda fiesta, lo que seguía era el momento del pastel. También, conociendo a mi familia, era una señal de que la fiesta estaba por acabar.

7:28 p. m.

Mi madre y yo nos alistábamos para partir del lugar del festejo y dirigirnos hacia nuestro hogar. Cogidas de la mano, conversábamos de lo que había sucedido en el día, cuando, a pocas cuadras de

llegar, nos detuvimos en la vereda para dejar que pasara un carro. Lo último que recuerdo es una luz dirigiéndose hacia mí y muchas personas a mi alrededor.

27 de abril de 2016, 8:00 a. m., hospital del IESS

Al despertarme, noté que estaba en un cuarto de hospital. Muy confundida, busqué alrededor a mi mamá.

—¡Gracias a Dios, despertaste! —Era mi hermana mayor.

—¿Qué paso? ¿Y mi mamá?

—No te preocupes, todo está bien —respondió—. Está en la otra habitación preguntando por ti.

Solté un suspiro de tranquilidad y, apoyando mi cabeza sobre la almohada, dejé caer varias lágrimas.

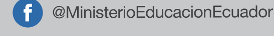
Se estarán preguntando qué sucedió. Pues se lo voy a contar: mientras esperábamos a que el carro pasara, una moto se atravesó e, impactada por el automóvil, salió despedida en nuestra dirección, de tal forma que nos atropelló.

Ese accidente me dejó muchos golpes: en la pierna me quedaron moretones de diferentes colores y en el pie, una gran herida. Por otro lado, a mi mamá le quedó una cicatriz en la espalda.

Muchas veces me pongo a pensar que fui muy bendecida, ya que gracias a Dios no tuve ninguna quemadura por el motor. Pero eso sería lo de menos: agradecer que tanto mi mamá como yo pudimos salir vivas de tal impacto no tiene precio.



En este libro encontrarás relatos que suceden en el ámbito de la familia. Abuelas, abuelos, tíos, tías, primas, primos, hermanos, hermanas, papás, mamás, hijos e hijas se encuentran para vivir historias cotidianas, curiosas o conmovedoras; algunas están cargadas de humor, otras de ternura y las hay incluso tristes. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.














Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec